

JULIO CÉSAR ROMANO

Un
BOSQUE
PARA TI SOLA



JULIO CÉSAR ROMANO

Un bosque
para ti sola

EDICIONES PALABRA

Colección: Astor Nova
Director de la colección: Ricardo Regidor

© 2014 Julio César Romano, 2014
© Ediciones Palabra, S.A., 2014
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Imagen de portada: ©123rf
Edición en ePub: José Manuel Carrión
ISBN: 978-84-9061-029-9

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Con especial cariño para Juan
y otros que saben vivir
con total normalidad el día a día.

A un olmo seco

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido (...).

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

Antonio Machado, *Campos de Castilla*

Esta es la vida y el blog de Alejandra, a saltos, pues las cosas importantes suceden en momentos puntuales y en muy poco tiempo.

Primera Parte

Aquella tarde de julio, en Madrid, el calor insoportable rebotaba en el asfalto y ascendía por el aire creando imágenes borrosas. Por una de sus calles, un coche negro tipo deportivo corría a una velocidad excesiva para no dejar pegadas en el suelo las gomas de sus neumáticos. El conductor confiaba en que a esa hora nadie se atreviera a salir de casa. Pero se equivocaba.

En una carretera estrecha, camino de un parque solitario, marchaba una niña de unos ocho años junto con su padre. Ella lloraba sin cesar. Necesitaba recuperar cuanto antes la muñeca que había perdido por la mañana entre la arena. Las lágrimas ahogaban de vez en cuando sus molestos gritos.

—No llores más, Alejandra. Enseguida la cogemos y volvemos a casa —dijo su acompañante con impaciencia—. Venga, cruza ya.

Él estaba deseando acabar con el problema para irse a comprar una nueva caña de pescar, pues aquella afición le encantaba. Ocupaba bastante de su tiempo libre. Por un instante, su mente se escapó para recrearse en el enorme pez que había caído en sus manos el fin de semana anterior.

Mientras, la pequeña se había retrasado unos metros y seguía a su padre tan rápido como podía. Fue entonces cuando el coche negro giró en la curva que había antes del paso de cebra. Las ruedas chirriaron. Si Alejandra no se hubiera caído, no habría pasado nada. Tenía tiempo de sobra, pero su rodilla derecha se dobló, como si fuera de cartón. A cámara lenta, el coche arrolló a la niña entre el ruido de un frenazo y los gritos desesperados de su padre. Un golpe seco.

Ella no dijo nada. Solo pudo fijarse en el rostro lleno de terror del conductor. Después, se vio envuelta en cristales que volaban por el aire ardiente del mes de julio junto a su cuerpo dolorido. El color negro se adueñó de su mente.

El padre de Alejandra se quedó inmóvil. Por primera vez no sabía qué hacer. Sus manos se habían agarrotado y su mente estaba nublada. Solo veía el coche que huía cada vez más veloz, igual que una lagartija que se esconde en el agujero de una tapia. Pasó casi un minuto hasta que buscó el móvil. Sin apenas mirar a su hija, tendida en el suelo, pudo marcar las teclas necesarias para hablar con su mujer.

—¡Llama a una ambulancia! —le gritaron al otro lado del teléfono tras su explicación entrecortada.

Aquella voz lo despertó y por fin avisó a la policía a gritos. Después, se acercó a la pequeña muy despacio. No quería ver la sangre, no quería saber si estaba muerta, no quería nada. Se sentía igual que un cadáver sin cabeza. Un sentimiento de culpabilidad se clavó en la nuca como una garra. Iba a perder la conciencia ante aquella maldita escena. Se arrodilló en medio del paso de cebra. Así se mantuvo durante un tiempo indeterminado, hasta que notó un pequeño golpe en el hombro.

—¿La ha tocado? —le dijo alguien vestido de blanco.

—No —contestó desde su mundo.

—Mejor.

Tras colocar un arnés alrededor del pequeño cuerpo, la subieron a una ambulancia. Todo se veía de color naranja intermitente. Alguien le empujó dentro del vehículo, forzando su escasa voluntad. Deseaba salir corriendo, escapar, huir del dolor y de las horribles luces.

A veces, Alejandra escuchaba entre sueños la sirena. Llevaba un plástico en la nariz y la boca le sabía a sangre. Casi no podía respirar. Pudo ver el rostro de su padre. Parecía el tronco de corcho de un alcornoque. Apenas era reconocible, como si un montón de años le hubieran caído encima de golpe. Lloraba mientras hablaba por el móvil. Después de colgar, puso la mano sobre su propia frente. Las luces del interior se diluyeron. Ella perdió el conocimiento de nuevo.

Ya no despertaría hasta el día siguiente.

Por un instante, la habitación blanca del hospital le pareció el cielo. Este pensamiento se diluyó al instante, cuando sobre su cuerpo se inclinó un hombre con una bata verde. En su cabeza había una especie de gorro del mismo color. Era demasiado viejo para ser un ángel.

—¿Puedes oírme, Alejandra?

La niña intentó mover el cuello para asentir, pues un pinchazo en la garganta le avisó enseguida de que no podía hablar. Tampoco su cabeza le respondió. Un armazón de hierro, que le cubría casi todo el cuerpo, impedía cualquier movimiento. Cerró los ojos de forma pausada para dar a entender que allí estaba, sí, que no se había ido al más allá.

Esperanza, su madre, se asomó y entró en su escaso campo de visión. Su pelo rizado y rubio estaba enmarañado, como si se hubiera levantado de la cama en ese momento. No quería llorar, pero las lágrimas asaltaron sus mejillas enrojecidas en unos segundos. Enseguida se puso la mano en la cara desencajada por el dolor y se quitó de en medio. Un brazo la agarró por los hombros y la apartó.

Alejandra miraba con asombro la escena. Su padre apareció también y le dio un beso en la frente. ¿Dónde estaba su muñeca? No tenía fuerzas para preguntarlo. La niña decidió hacerse la dormida. No soportaba aquella situación. También sus ojos se humedecieron igual que cuando sus labios bebían de la fuente del colegio. Consiguió no pensar en nada.

—Ha perdido el conocimiento de nuevo —dijo el médico—. No se preocupen, es por los sedantes.

—¿No hay ninguna esperanza de que vuelva a andar? —preguntó su padre con una voz muy rara, alterada por los nervios.

—Creo que no. La vértebra que se ha roto lo hace imposible. Solo un milagro cambiaría la situación —el doctor permaneció un instante en silencio antes de continuar—. Esto es muy duro, pero sepan que ustedes deben mostrarse alegres delante de ella. Si no son capaces, mejor que se salgan de la habitación cuando vean que es imposible.

La madre de Alejandra miró a aquel desconocido de la bata verde que, de repente, aparecía en su vida como alguien importante. Ya nada sería igual, pensó durante un segundo. Decidió irse al pasillo y llorar durante horas. Después, ya no lo haría más. Se hizo esa promesa mientras sacaba de su bolso un papel ya arrugado. Era la última redacción de su hija. La guardaba con mucho cuidado, pues le había encantado. Se apoyó en la fría pared de baldosas mientras la desdoblaba. La letra diminuta y redonda parecía una filigrana hecha con tinta china. Comenzó a leerla en silencio. Prácticamente se la sabía de memoria.

Mi familia

Mi nombre es Alejandra, y vivo en una casa estupenda, aunque pequeña. No necesitamos más, pues somos tres. Mi padre, mi madre y yo, que tengo ocho años ya. Mi padre es alto, delgado y le gusta jugar conmigo. Tiene el pelo moreno y muchísimo. Lo que pasa es que a veces trabaja en casa con su ordenador. Pone muchos números en fila y, como se salte uno, se pone muy nervioso y nos manda callar. Mi madre es muy guapa, yo me parezco a ella. Las dos tenemos el pelo rubio y rizado. Nos encanta ponernos delante del espejo, muy juntitas, y peinarnos una y otra vez. Ella trabaja, pero menos, así puede llevarme y después recogerme en el colegio. Por eso me da tres besos al día, como mínimo. Cuando vamos, cuando volvemos y al irme a acostar. Yo estoy muy contenta de los padres que tengo. Además, casi nunca nos pasan cosas malas. Cuando hay cumpleaños nos reímos mucho y vienen mis abuelos a comer tarta. Se me olvidaba, en mi familia también está mi muñeca de trapo. Duermo con ella y le cuento todo lo que quiero. Se llama María.

Desde aquel día, todo cambió.

Alberto, el padre de Alejandra, se puso en marcha de inmediato. Había que actuar antes de que ella saliera del hospital. Lo primero era comprar una nueva casa que tuviera ascensor. Todo aquel movimiento le sirvió para alejarse del accidente, del hospital, y lo agradeció. Él era un hombre activo y no podía soportar la inmovilidad de su hija. Ahora había pasado a ser un simple espectador que acudía de vez en cuando a verla.

Además, comenzaron unas obras contrarreloj en la nueva casa, pues debían hacer más anchas las puertas y adaptar el cuarto de baño del piso nuevo. Nunca hubiera imaginado la cantidad de detalles en los que había que pensar. Buscó en internet para asegurarse de que no faltaba nada. Incluso se puso en contacto por teléfono con una asociación de disminuidos físicos, aunque nunca les dio sus datos. No iba con su forma de ser compartir el sufrimiento. Es más, ahora evitaba a los antiguos vecinos. En todos veía la compasión, la lástima y no lo soportaba. Subía las escaleras lo más rápido que podía. Más de una vez se escondió tras los arbustos del pequeño jardín a la espera de que alguno de ellos entrara en el portal o desapareciera por la vuelta de la esquina. La única alegría de aquellos días fue cambiarse de barrio, donde no conocía a nadie.

Pasó mucho tiempo solo y trabajando para pagar todos los gastos que habían surgido, entre ellos, la silla de ruedas especial con batería eléctrica o las barras de hierro del cuarto de baño. Mientras, Esperanza vivía prácticamente en el hospital y únicamente se ausentaba cuando él iba a sustituirla, una hora por las noches para llevarle la cena y que diera un paseo. Durante todo el día pensaba en alguna conversación con Alejandra para su momento de guardia, pero le resultaba difícil. Más que antes. Parecían dos desconocidos destinados a compartir su tiempo en un juego absurdo.

Al final, le hablaba de la nueva casa, mientras su hija preguntaba por los antiguos vecinos y sus amigas del barrio. A ella no le hacía ninguna gracia el traslado, incluso le dolía más que su inmovilidad o las heridas de su cuerpo que aún no se habían curado del todo. Justo encima de la ceja tenía tres puntos que le molestaban cada vez que abría o cerraba los ojos.

—Al menos seguiré en mi colegio. ¿No, papá?

—Sí, parece que cambiarán las clases de un piso a otro para que no tengas que subir escaleras.

Se ahorró detalles, pues había intentado llevarla a otro sitio para huir también de los padres conocidos. Esperanza se había negado. Lo que necesitaba su hija era referencias antiguas, sus amigas, sus profesoras. Sin embargo, Alberto pensaba que la niña se aprovecharía de la situación, de la lástima. Nadie le exigiría lo necesario.

—No hay que mimarla en exceso, Esperanza —repetía una y otra vez a su mujer.

Ella se mordía los labios y se marchaba a otro sitio, sin contestar. Veía a su marido lejos de ellas. La niña ya tenía bastante con su desgracia como para pensar en cómo tratarla en el futuro.

Alejandra se alegró mucho cuando entró su madre en la habitación. Aquello significaba que se quedarían de nuevo solas. Esperanza y Alberto se besaron en la mejilla para despedirse. Mientras, ella le enseñó por detrás un pequeño paquete de bombones. Lo escondía para que no lo viera su marido. Se darían el capricho de comérselos todos. Era el último día en el hospital y había que celebrarlo a lo grande.

A la mañana siguiente, su padre esperaba abajo con el nuevo coche, una Mercedes Vito con rampa incluida y comprada a plazos. En el hospital, Alejandra recibió su primera decepción cuando se puso su ropa preferida: unos vaqueros con un corazón rojo en la rodillera y una camisa blanca con un Piolín formado por piedrecitas brillantes. Se miró al espejo desde la silla de ruedas y no se gustó. Aquellas prendas no lucían nada, arrugadas y encogidas en su nuevo cuerpo, como la piel de un perro *shar pei*. Sonrió un poco para que su madre se quedara satisfecha y abandonaron la habitación gris.

La luz del sol deslumbró a la chica cuando salió del hospital. Había pasado allí el último mes de su vida bajo los fluorescentes claros y monótonos. Tuvo que taparse los ojos con la mano.

—Mira, allí está papá con el coche nuevo —le señaló su madre.

—Me gustaba más el viejo —contestó Alejandra con sinceridad y de forma seca.

Su padre estaba sentado detrás del volante y no paraba de hablar por teléfono. Ni siquiera les sonrió cuando llegaron. Agachó la cabeza y tomó nota en un papel arrugado que sacó de la guantera. Después, subió la silla por la rampa con su hija allí sentada, la ancló en el suelo con las correas y tomó asiento para dirigirse cuanto antes a su destino. Todo el trabajo resultaba nuevo, pero ya lo había ensayado unas cuantas veces, para evitar «las absurdas pérdidas de tiempo», como él las llamaba.

A Alejandra no le sedujo la nueva casa en absoluto. En la habitación donde iba a dormir tenía sus juguetes, su ropa, pero parecían ahora objetos vacíos, sin sentido. Ni siquiera sus muñecas preferidas, que Esperanza colocó encima de sus piernas con nerviosismo, la reanimaron. Por primera vez, desde hacía tiempo, deseó, como nada en el mundo, ir al colegio. Allí tendría algo que reconocer de verdad. Se sentía igual que si estuviera en medio de un desembarco en una película de acción, en medio de una playa llena de hierros y alambres espinosos.

Para no hacer un feo a su madre, colocó las muñecas sobre la mesa que había en el centro de la habitación y comenzó a jugar con ellas. Eran las mismas de siempre, pero

también habían cambiado de casa. Cuando se quedó sola, no sabía qué hacer. Cogió un cuaderno y comenzó a escribir un diario. Al principio contó poco, pero le sirvió de entretenimiento hasta que llegó el primer día de clase. Entonces, la siguiente noche, el bolígrafo corrió por aquellas páginas con una gran facilidad, tan constante como las olas del mar, de una línea a otra.

* * *

Diario de Alejandra. 9 años

Ya he vuelto al cole. Nunca creí que tuviera tantas ganas. Estamos ya en noviembre, 3º de Primaria, y todo es nuevo para mí. Como ahora voy en silla de ruedas, todos mis compañeros se pelean por llevarme, aunque no es necesario con la batería eléctrica. Yo solo dejo que lo haga mi mejor amiga, Paula. Es que me fío más de ella que de nadie. Yo no me acuerdo ni de cuándo la conocí. Para mí, que nacimos el mismo día y en el mismo hospital. Somos almas gemelas, incluso a veces decimos lo mismo a la vez. Hoy me ha preguntado que si estoy a gusto así, todo el día sentada.

—Hombre —le he dicho—, me gustaría jugar y a veces salir corriendo, pero, como no puedo, pues nada.

Esa es la verdad. No me quejo, creo que mis padres están peor que yo. Mi madre llora a escondidas en cualquier lugar y se calla cuando oye la silla de ruedas que va golpeando por el pasillo. Aún no la controlo. Si está en la cocina, se limpia las lágrimas con el trapo. Un día se le quedó pegado en la nariz un fideo seco. Tuve que taparme la boca para reírme sin que me viera y eso que me daba asco, lo del fideo, claro. Mi padre está más serio y me da que trabaja más que antes. Apenas nos vemos.

Lo que NO ME GUSTA de ahora es que lo veo todo desde abajo.

Segunda Parte

3

Habían pasado cinco años cuando la tormenta interior, que se había ido gestando durante aquel tiempo, estalló. Como si las nubes se hubiesen ido juntando poco a poco para adquirir más fuerza, el mundo de Alejandra se fue oscureciendo. Ella había contribuido, pues se creía el ombligo del universo. Su autocompasión la había conducido por caminos equivocados.

—¡Eres una niña mimada! —le chilló su amiga Paula—. ¡Maleducada! Porque estés ahí sentada, te piensas que todo debe ser para ti.

Después, la joven salió corriendo y dejó sola a Alejandra, que estaba paralizada, justo enfrente de la puerta de su clase: 2º ESO B. Intentó también irse, escapar de aquel triste lugar, pero no conseguía mover el dedo y apretar el mando de la silla eléctrica. El pasillo del colegio parecía largo, inmenso, y la puerta de salida, muy lejana. Comenzó a llorar. Su mano no obedecía al cerebro, parecía un móvil sin cobertura, un ordenador sin internet, algo inútil. Quizá era por el insulto, por el enfrentamiento con su amiga. Ni siquiera se había atrevido a contestarle. Le hubiera gustado humillarla, fastidiarla, por lo menos devolverle los gritos y vengarse de aquellas palabras hirientes. Sin embargo, su boca abierta también se mostraba inmóvil. Un rictus doloroso se había acomodado en su rostro, como un rayo que la hubiera cruzado en diagonal.

La discusión había sido por una estupidez. A las dos les gustaba el mismo chico de clase, Héctor. Era el más alto de todo segundo, el más fuerte, y su rostro parecía hecho de mármol, a veces, igual de frío e inexpresivo que ese material, pero hermoso como el canto de una sirena. En el comedor había echado un vistazo hacia donde ellas se encontraban sentadas. Fue un instante, nada más. Lo que dura la mirada fugaz de un águila en busca de presa.

—Me ha mirado a mí. ¿Oyes? A mí. —Con esa afirmación, Paula había comenzado la discusión.

«¡Maleducada!». Esa palabra resonó de nuevo en la cabeza de Alejandra. Se imponía al ruido del viento que golpeaba las persianas de los grandes ventanales. Alejandra comenzó a pensar en los últimos años vividos desde el accidente. Se había aprovechado de sus padres, de su compasión exagerada. Más por parte de su madre. Incluso había conseguido que le compraran una Tablet tres años antes. También había explotado la amistad de su amiga. Notó que una lágrima resbalaba por su mejilla, intentando limpiar

su conciencia. Lo del comedor solo había sido la explosión de su propio egoísmo. Paula se había enfadado con razón tras tantos desplantes y malas caras.

En ese momento, vio a su madre que corría hacia ella. Llevaba esperándola fuera mucho tiempo y su rostro reflejaba una gran preocupación. Por fin, Alejandra consiguió mover su mano y limpiar las lágrimas que saltaban de sus ojos, buscando la libertad deseada durante aquellos años.

—No podía moverme, mamá. No sé qué me ha pasado.

Aquella parálisis parcial llevó a Alejandra de nuevo al hospital. Ya había pasado muchas veces por allí para las revisiones correspondientes, pero esta nueva estancia le recordaba muchísimo a los días posteriores al accidente. El aire que se respiraba la ahogaba. Su médico no sonreía como antes. Las enfermeras la trataban con mayor amabilidad. Su madre salía de la habitación continuamente, con excusas entre dientes que apenas escuchaba su hija. Su padre solo aparecía un rato por las noches, después de la cena de olor intenso que le ponían casi a la hora de merendar. No soportaba el horario, las paredes, la inmovilidad, el silencio, los secretos que la rodeaban, esos cuchicheos. Algo sucedía y ella no tenía ni idea. Pidió explicaciones a Esperanza cuando ya no podía más.

—¿Qué pasa? ¿Alguien me lo puede decir? Me han sacado sangre varias veces, me han radiografiado todo el cuerpo, me siento como si me hubieran escaneado con una impresora. No aguanto más. Ya tengo doce años y tengo derecho a saber por qué me hacen esto.

La joven lanzó contra el suelo, junto a la cama, el envase de un zumo ya vacío. Lo hizo con furia. Algunas gotas naranja mancharon las baldosas grisáceas. Allí quedaron.

Su madre se acercó a la cama y le acarició el pelo rubio. Ya casi no tenía los rizos que lucía en las fotos de su infancia, cuando todavía podía andar. Aun así, su cabellera era especial, tupida y luminosa. El brillo la hacía muy hermosa. Alejandra levantó los ojos y los clavó en los de ella. No se mantenían la mirada desde unos años atrás. Con palabras suaves, tranquilas, le explicó la nueva situación. Sus últimas palabras fueron directas, como un dardo que acertaba en el centro de la diana.

—No sé qué decirte, hija. Esta enfermedad degenerativa que te han diagnosticado es muy rara y no se sabe cuánto tiempo puede quedar. Hay quien ha vivido muchos años. Tú eres fuerte... Si necesitas ayuda, hay psicólogos en el hospital. A mí me han ayudado bastante.

Alejandra no habló. Necesitaba silencio, solo eso. Nuevo golpe. Los pensamientos sobre la muerte le ensombrecieron la mirada. Pensó en su padre. Todo era oscuro, sin color.

Durante toda aquella noche, se mantuvo en duermevela, igual que si deseara aprovechar cada minuto de su vida. Una sola frase se repetía de forma involuntaria en su mente. ¿Por qué yo? Por fin, después del desayuno se durmió, esta vez profundamente.

El día la atemorizaba menos. Apenas había vuelto a hablar desde que lo hizo con su madre. Estaba sola.

Un golpe en la puerta la despertó. Como primer pensamiento surgió en su mente la enfermedad. Parecía una chapa clavada en su frente y que nadie podría nunca más arrancar. Después de pasarse las manos por el rostro, dio permiso a quien estuviera allí esperando. Sería alguna enfermera con educación.

Su amiga Paula se plantó de inmediato en medio de la habitación, igual que un torbellino de otoño, con los brazos abiertos y rompiendo el aire manido y cerrado de aquel lugar. Sus ojos la acusaban de haber llorado y su sonrisa poco sincera, aún más. No pudo aguantar y se tiró al cuello de su amiga. Sin duda, ya sabía todo.

—No volveremos a discutir más. Te lo prometo —dijo entre sollozos Paula—. Y menos aún por un chico.

Alejandra la retiró de sus brazos y sonrió. Verla así, la animó, pues se dio cuenta por primera vez de que solo ella misma, nadie más, podría arrancar el dolor a los que la rodeaban. Solo ella misma podría evitar la compasión que tanto odiaba en la mirada de los demás.

—No llores. Fue una tontería. Además, Héctor es feísimo. Un crío.

Las dos amigas se abrazaron de nuevo. Las luces de la habitación parecían haber recobrado fuerza. Aquel lugar ya no era tan gris.

Por la noche, cogió la Tablet y se puso a navegar en Internet. Había comprado la conexión unos meses antes. Cuando se aburrió de dar vueltas, decidió llevar a cabo una idea que le rondaba en la cabeza desde hacía tiempo: crear un blog, su blog. El cuaderno de bitácora de una nave a la deriva que se llamaba como ella.

* * *

El blog de Alejandra

Perfil: Hola, me llamo Alejandra y llevo cinco años en una silla de ruedas. Además, hace poco me han diagnosticado una enfermedad degenerativa. Quiero escribir en este blog mis pensamientos, aunque no creo que los lea nadie. Ojalá alguien llegue aquí y le interesen o, mejor, no. ¿Para qué? Son míos.

El inicio de mi blog

Después de recibir la horrible noticia (es probable que me muera antes de lo que pensaba, mucho antes) mi amiga Paula vino a verme. Habíamos discutido por un chico, pero ¿adónde se van esas tonterías cuando llegan los problemas de verdad? A la basura. A veces perdemos el tiempo en chorradas inmensas que nos parecen como el mar y son simplemente un charco sucio en el que pateamos. Yo no quiero que me pase otra vez. Tengo pocos meses (o años) por delante y pienso exprimirlos hasta que no quede una sola gota que aprovechar de cada minuto vivido. No perderé el tiempo en las tonterías del extrarradio.

Otra cosa. Paula es genial. Se ha atrevido a visitar a una «moribunda» que había discutido con ella. Hay que tener narices. ¿Lo hubiera hecho yo? Se lo agradeceré eternamente.

P.D.: este blog es para mí. Espero que no lo descubra nadie, y menos aún algún conocido. Si sabes quién soy, no cotillees. Vete de inmediato.

Etiquetas: Alejandra, mi mejor amiga, mi yo.

Tras la estancia en el hospital, la primera mañana de sábado, toda la familia saldría de paseo por el Retiro para celebrar el regreso. También su padre, aunque no parecía muy dispuesto. De ahí, que hubiera dejado pasar el tiempo de una forma estúpida. Alejandra se estaba impacientando. El techo de la cocina se le venía encima y tenía la sensación de que el fluorescente le quemaba el pelo. Quería salir de casa cuanto antes, pero no dijo nada. Hacía tiempo que sus conversaciones con él se habían cargado de monólogos. Más aún después del anuncio de la enfermedad.

Se puso en marcha sola. La joven decidió aventurarse y esperar en la calle, aunque no le gustaba estar parada en mitad de la acera. Se sentía como la marquesina del autobús. Sus padres llegaron de inmediato. Menos mal, había funcionado el truco. Sabía que no la dejarían sola por mucho tiempo. Su padre la montó en el coche con la silla incorporada y todos se marcharon en silencio.

Gracias al identificativo de minusválidos, habían aparcado en pocos minutos y enseguida entraban en el parque por una de las puertas más pequeñas. El sol de la recién estrenada primavera rozaba la cara de Alejandra y creía que así recuperaba la vida que después le faltaría. Era su primera salida. Se abstraía de lo que le rodeaba, de la tensión, del silencio, de la tirantez de los monosílabos y pensó solo en disfrutar. Nada más.

—Voy a dar una vuelta por ahí —dijo de repente la joven.

La afirmación pilló de sorpresa a su madre. Hasta ahora, nunca la habían dejado sola. Miró a su marido, pero este se encogió de hombros, como casi siempre.

—Por favor, mamá. Ya soy mayor.

Al final le dio permiso, aunque por su mente pasaron los peores presagios. Tuvo que hacerlo, pues el psicólogo le había aconsejado que dejara libertad a su hija. Debía abandonar el proteccionismo que hasta ahora había tenido con ella.

Alejandra empujaba suavemente con su dedo la manivela de la silla de ruedas. Durante unos minutos, todo se diluiría. La silla de ruedas, los problemas, su madre siempre encima y su padre ausente. Un viento ligero empujaba para atrás los cabellos rubios de la joven. Ella ayudaba elevando su fina barbilla hacia arriba. Se imaginó totalmente sola por un momento, como si nadie la mirara, como pasaba siempre, para dejar después en el aire un suspiro de lástima.

Por fin se detuvo. Había llegado frente a un árbol solitario que nunca había visto. Se encontraba completamente tumbado, en diagonal. Dos barras de hierro gruesas y verdes, clavadas en el suelo árido, lo sujetaban para que no cayera del todo. Apenas tenía unas cuantas ramas en la punta, allá a lo lejos, pero totalmente sanas y frondosas. Lo demás era un tronco largo y abatido por el tiempo, despellejado.

Alejandra pasó mucho tiempo frente a él con la mirada fija y perdida. Algunas lágrimas asomaron a sus ojos. Eran silenciosas. Respiraba con fuerza el escaso aroma que desprendían las hojas en forma de agujas, como dedos alargados que buscaran el azul del cielo.

Los padres de Alejandra la encontraron abrazada al árbol. Alberto se retiró, avergonzado, mientras Esperanza la separó con suavidad. Muchos curiosos miraban de forma furtiva. Algunos comentaban en voz baja la inquietante escena. Pobre niña de la silla de ruedas. No debe de estar bien.

Los tres regresaron al coche guardando un mutismo sepulcral. Alejandra aún tenía la mirada perdida, como si su rostro se hubiera convertido en corteza dura y negra. Durante la comida, las palabras que se cruzaron podían ser las de tres desconocidos que por casualidad tenían que compartir una mesa en un restaurante. Por suerte, sonó el teléfono. Al otro lado, la voz artificiosa y mecánica de una mujer intentaba convencer a su padre de que debía cambiar de compañía telefónica durante más de media hora. Él se dejaba llevar por la comercial para ganar tiempo, para ocultar el silencio de la casa, para que no le devorara el monstruo abominable del dolor.

Alejandra terminó el postre con rapidez y se dirigió a su habitación. Deseaba con vehemencia coger su Tablet y escribir en el blog. Enseguida fluyeron las palabras en el fondo negro que había elegido para el diseño de la plantilla. Le encantaba dar luz a la oscuridad más absoluta de la pantalla. Sembrar semillas blancas en la noche.

* * *

El blog de Alejandra

Entrada: Mi otro yo.

Mis padres me han separado de mi nuevo hermano. Es duro como la piedra, pero tiene vida. Yo la he notado. Su sangre sube hasta la copa y así pelea por mantenerse en pie, ayudado por un artilugio de hierro, como mi silla de ruedas. A pesar de crecer en forma transversal, ha vivido muchos años retando a la mismísima fuerza de la gravedad.

Ha visto pasar a todo tipo de personas por allí. Se ha reído con ellos, ha llorado conmigo. He prometido visitarlo siempre que pueda. Hermano, te prometo que yo también resistiré y lucharé contra las leyes de la naturaleza. Mis ramas se alzarán verdes hacia el cielo, aunque sea desde abajo y en diagonal.

Combatiremos llenos de rabia.

Perduraremos, a pesar de todo.

Etiquetas: Mi hermano el árbol.

Aquel mismo día, su amiga Paula también paseaba por el Retiro. Su rostro no podía mostrar más felicidad. Solo se oscurecía por las noches, cuando un ligero remordimiento la atosigaba en la soledad de la cama. Si Alejandra supiera de su relación «*especial*» con Héctor, la tacharía de traidora; pero el amor estaba por encima de la amistad. Al menos, se intentaba tranquilizar con esa idea. No lo conseguía del todo.

Los dos iban de la mano por mitad del Paseo de Carruajes y charlaban sin parar de la gente tan variada que habitaba en su clase. Nadie salía bien parado del repaso, solo ellos y Alejandra. Héctor sabía que aquel terreno no convenía pisarlo y respetaba a la chica de la silla de ruedas, aunque solo por fuera. Quizá más adelante se atrevería. Lo que no entendía aún era el secretismo que rodeaba a sus salidas. Nadie debía saber lo suyo con ella.

—Me gustaría decirles a todos que estoy contigo, Paula —dijo de repente el joven tras esquivar a una chica con patines.

Para él, más acostumbrado a aquellas situaciones, la conquista de Paula suponía un punto a su favor. Casi todos los de su clase y algunos más mayores se habían intentado acercar a aquella preciosidad, pero sin éxito. Ahora no podía buscar su reconocimiento y vacilar ante sus compañeros, darles envidia, por culpa de aquel oscurantismo.

—Ya sabes que mi amiga Alejandra no debe enterarse... Es por una tontería. Nada importante, pero a la vez...

No había nunca más explicaciones. Paula no era capaz todavía de expresarle con confianza lo que pensaba. «Él era un poco superficial». Cuando llegaba ese mensaje subliminar a la mente de la joven, de nuevo le asaltaba cierta inquietud, lo que le llevaba a morderse los labios por decimocuarta vez y rascarse de forma nerviosa la mejilla. En los dos meses que llevaban juntos, las conversaciones habían sido frías y triviales, muy ligeras. Solo les faltaba hablar sobre el tiempo, como si fueran dos vecinos que se encuentran en el ascensor. «*Ligth*» sería la palabra más adecuada para aquello.

Paula se detuvo y lo miró. Era tan guapo... El rostro de Héctor parecía perfecto. Le recordaba al semblante del *David* de Miguel Ángel. O quizá al de un dios romano de la antigüedad, con unos rizos marcados en este caso por la gomina y no por el cincel de un gran artista. Aquella visión renovaba su pasión. Se paró y tiró suavemente de la mano de su compañero de paseo. Después de ponerse enfrente de él, le dio un beso en los labios.

Fue largo, como si intentara convencerse aún más de que aquello merecía la pena. Su primer amor. Al fondo, sonaban los aplausos de un montón de niños sentados ante un puesto de títeres.

Separó su boca de inmediato y miró alrededor. Le daba vergüenza que alguien la hubiera visto, pero necesitaba besarlo. Sus ojos se dirigieron a todos los puntos cardinales hasta que se fijaron en uno solo.

Una chica en una silla de ruedas pasaba por la acera de enfrente. Iba sola. Enseguida reconoció a Alejandra. De forma involuntaria apretó las manos de Héctor. Este se quejó al notar la fuerte presión. Dirigió sus ojos hacia el objetivo de Paula. También reconoció a su compañera de clase y vio que se paraba de repente, justo frente a un árbol casi caído, el más feo de todo aquel parque, una gran deformidad de la naturaleza.

—Se ha abrazado al tronco —dijo con tono displicente el joven.

Paula ni siquiera lo oyó. Su amiga permanecía quieta, parecía muerta. Soltó la mano del joven, que aún sujetaba, y se acercó con precaución. Por nada del mundo quería que ella la viera. Héctor la siguió de cerca.

—Está llorando —Héctor retransmitía la escena con desprecio—. Definitivamente, está loca.

Esta vez, Paula sí que percibió las palabras de aquel hermoso frívolo. Se giró sobre sus pies y le dio un tortazo.

—¡Eres imbécil! —le gritó mientras corría en dirección contraria al pino derribado.

Héctor se quedó petrificado y con la boca medio abierta, buscando en el aire alguna explicación. Después, se encogió de hombros y también se fue. Había mucha gente observando la escena del árbol y la chica de la silla de ruedas, pero a él no le interesaba ni lo más mínimo.

—Lo peor es que no podré contar nada de esto. En fin, hay más chicas que setas —se dijo en voz alta el joven mientras pasaba su mano por la mejilla aún dolorida y ardiente.

Paula se detuvo ante los títeres y los miró sin verlos, aguantando las lágrimas que flotaban en el interior de sus ojos. Se sentía como una maldita traidora.

6

Poco tiempo después, nada más comenzar tercero de Secundaria, Alejandra se atrevió a decir a su madre lo que le carcomía en su interior desde hacía mucho tiempo.

—Papá no me quiere.

Soltó la frase con un tono neutral mientras ayudaba a su madre en la cocina. Aquello cayó igual que una bomba en el estómago de Esperanza. El agujero provocado apenas la dejaba respirar. Al instante, dejó de cortar el pan. Temía que sus dedos corrieran peligro. Desde el incidente del Retiro todo parecía haber vuelto a su rumbo. De la enfermedad no se hablaba nunca, ni siquiera de refilón. Los planes se aventuraban al futuro como si fuesen seguros y ciertos.

—No puedes decir eso, hija —contestó la madre al cabo de un tiempo.

Pretendió aparentar normalidad. Enseguida continuó con su ajetreo y colocó dos platos en la mesa, aunque muy deprisa. Aquella respuesta le dolió a la joven, que se mantenía inmóvil allí en medio desde que soltó su andanada. Su silla parecía llenar todo el espacio mientras su madre se hacía más y más pequeña. Esperaba una negación del tipo «*es mentira*». Sin embargo, le impuso una nueva norma: «*no podía*». No había duda, la falta de cariño existía. Las contestaciones bruscas y la ausencia de caricias necesitaban una explicación. Sus ojos abiertos interrogaban a su madre. Esta, tras tragar saliva, cambió de estrategia. Intentó aclarar en su mente los sentimientos de una persona, su propio marido, a la cual apenas reconocía desde el accidente.

—Es difícil de explicar. Aún eres pequeña...

El gesto agrio de Alejandra al oír la frase interrumpió el inicio de su discurso. Sí, había metido la pata de nuevo. Esperanza se sentó en una silla frente a su hija.

—Bueno, eres mayor, pero no para comprender a los adultos. Tu padre... —decidió decir la verdad. Se acabó—. No soporta el dolor. Quería una vida perfecta en un mundo imperfecto. Todo según sus planes. Tu futuro estaba dictado al milímetro. Soñaba que serías una atleta universitaria con un futuro prometedor. Por eso solo te hemos tenido a ti... para dártelo todo.

Aquella mujer de mediana edad no hablaba ya para su hija, lo hacía para sí misma. Se puso en pie, nerviosa. Había estallado su tormenta interior, pero no iba a llorar.

—Así lo tendrías tú todo, todo. Nada te faltaría. No sufrirías, porque él te iba a proteger del exterior. Y ahora —hubo un silencio eterno, llegaba lo peor— él se cree culpable de lo sucedido, de tu accidente, de tu enfermedad...

Esperanza soltó un manotazo a los azulejos blancos de la cocina. La sangre se acumuló en la punta de los dedos, produciendo un dolor considerable que apenas notaba por su rabia. Sus yemas se habían llenado de puntitos rojos muy finos, igual que los ahogos de su alma.

El teléfono del salón rompió el aire como una bengala salvadora. Alejandra apretó el botón de su silla de ruedas y, tras dar medio giro, se apresuró hacia allí. Su madre seguía derrotada, igual que un buque encallado y a punto de zozobrar entre los arrecifes.

—No llegaré a comer —dijo Alberto al otro lado de la línea.

—Vale —contestó la joven—. Ahora se lo digo a mamá. Hasta luego.

Al menos habría más tiempo para arreglar el casco del barco naufragado y salir en busca de un nuevo puerto. Era necesario.

Alejandra volvió a la cocina y chocó contra la mesa. Se acercó todo lo que pudo a su madre y, tras estirarse hacia adelante, le dio un beso. En aquel rostro ya maduro, no había ni una sola lágrima. Eso era lo peor.

Después de comer, escribiría una nueva entrada en el blog, tenía que contar sus sentimientos al universo virtual.

* * *

El blog de Alejandra

La muerte.

Anoche pensé en la muerte. No porque la desee, pero con mi enfermedad no puedo ser como los demás, que se olvidan de eso. Si te interesa, he llegado a la siguiente conclusión:

Hay dos motivos para que no te moleste la muerte. El primero es que ya nadie te quiera, que estés sola porque te han abandonado.

El segundo es parecido. Has llegado a ser viejo y todos los que te querían han fallecido. Estás sola también. Incluso piensas que te encontrarás con ellos en otro lugar, si te pasa lo mismo. Me gustaría que sucediera esto último.

Al menos sé que todavía alguien me quiere. Mi madre.

Etiquetas: la muerte.

Tercera Parte

Al cumplir dieciséis años, Alejandra pidió un regalo bastante raro. Su padre se lo negó y tuvo que intervenir Esperanza. La situación era siempre de calma previa a alguna tempestad. A veces, se había vislumbrado un haz de luz en la casa, pero más relacionado con los ascensos de Alberto en el trabajo que con un acercamiento entre los tres. La enfermedad parecía estacionada y en dos años solo había habido otro ataque de inmovilidad, muy parecido al que sucedió en el colegio.

—He acabado 4º de Eso con buenas notas. No creo que sea tan difícil de conseguir lo que pido.

Esperanza escuchaba por décima vez la petición de su hija. No se le iba de la cabeza y parecía muy importante para ella.

—Está bien. Hablaré con tu padre otra vez.

Pasados dos días, la joven lo había conseguido. Nada más acabar de barrer su habitación y dejar todo en orden, el obrero se fue y Alejandra se tumbó en la cama con la ayuda de Esperanza. La joven estaba nerviosa. Llevaba una hora observando la pequeña obra.

Enseguida miró hacia el techo y se quedó inmóvil, contemplando su cuerpo estirado. El espejo que acababan de adosar junto a la lámpara le devolvía una imagen que nunca había visto. Por primera vez se vio de pie, con la ropa sin arrugar, como si en cualquier momento pudiera salir a la carrera. Su rostro mostraba una gran satisfacción. Se había puesto su mejor conjunto. Una camisa amplia de color rojo fucsia y unos pantalones vaqueros anchos. Se tocó el pelo para recogerlo en una coleta tras la nuca.

—Esto es genial, mamá. No sé cómo no se me había ocurrido antes.

—La verdad es que estás guapísima —dijo su madre tras colocarle un poco al pernera de los pantalones—. Voy a por la cámara y te hago una foto.

En el salón se encontraba Alberto, consultando algunos mensajes en el móvil. Ni siquiera levantó la cabeza cuando notó la presencia de su mujer.

—Deberías ir a verla, cariño —insinuó Esperanza—. Está radiante.

—Ya sabes lo que pienso de esto. ¿Y si se cae el espejo?

Se acercó a su marido y le acarició la cabeza. Estaba tenso, lo notó. Un haz de nervios ascendió por la mano que lo había tocado.

—Venga, no seas un pájaro de mal agüero.

Alberto se levantó sin dejar de teclear en su teléfono. Llegó a la habitación y entró despacio. No solía traspasar esa puerta. Enseguida vio a su hija tumbada en la cama. Ella le sonrió, pero él no fue capaz de devolverle ningún gesto amable. De forma forzada, giró la cabeza hacia arriba y miró al espejo. Sintió que su hija había crecido mucho. Ya no era una niña. Esbozó una leve mueca que pretendía ser una sonrisa.

—La verdad es que ha quedado bien —dijo con tono neutral.

Después, abandonó la habitación y continuó con sus asuntos. Cuando acabara, se pondría con el ordenador para bucear en internet. Como le seguía gustando la pesca, allí pasaba el tiempo libre hasta que llegaba el fin de semana. Uno de los dos días se iba a algún pantano o río de la zona. A veces se ausentaba desde el viernes hasta el domingo por la noche en busca de nuevos lugares o concursos más lejanos. Tenía sus pequeñas parcelas de soledad en las que no participaban ni Alejandra ni Esperanza.

Mientras él se ocupaba de su afición, las dos mujeres de la casa se habían quedado tumbadas en la cama. Se miraban en el espejo del techo. Allí, alrededor de ellas, se concentraban todos los elementos de la habitación. La estancia parecía ya más personalizada, más del estilo de una joven de catorce años. Había un póster del Atlético de Madrid, su equipo preferido, quizá por lo del apelativo: «*El Pupas*». También tenía colgada en la pared una gorra firmada por la vocalista de *La oreja de Van Gogh*. No faltaba una foto en grande con Alejandra en primera fila, delante de todo el grupo musical. Se la hizo en uno de sus últimos conciertos. Todo el mundo la dejaba en primera fila, aunque ella también se lo ganaba, pues acudía a la cita tres horas antes. Había cierta complicidad entre ella y todos los que trabajaban entre bastidores.

—¿Qué piensas hacer para celebrar tu cumpleaños? —dijo Esperanza rompiendo el silencio.

Alejandra contestó con aire de aburrimiento, aunque de forma sincera.

—No sé. Lo de siempre. Quedaré con mis amigas aquí, en casa. Ellas están empezando a salir, pero no me apetece ser una carga para sus juergas.

Su amiga Paula se estaba distanciando de ella, pues comenzaba a descubrir las discotecas *light*. Hablaba con otras compañeras para quedar y parecía ser su única conversación posible.

—Podríamos arreglarlo para que salgas tú también. Yo te acompaño...

—Sí, vienes conmigo y vamos —le interrumpió Alejandra—. Prefiero estar sola.

La joven giró la cabeza y se puso a contemplar las cortinas de la ventana. Había conseguido que se parecieran a las que tenía en la otra casa antes de mudarse, aunque fueran infantiles. En un fondo azul, Mickey Mouse jugueteaba de mil formas diferentes con su perro Pluto. Esos dibujos le hacían sentirse segura. Observándolos, le parecía que nada había cambiado.

Esperanza se levantó tras darle un beso en el pelo a su hija, lo único que podía ver de ella en esa postura que había adoptado. Se dio cuenta de que lo mejor era dejarla sola.

Nada más salir por la puerta, Alejandra cogió su portátil de la mesilla. Le encantaba su color blanco. Lo acarició para sentir el frío de su chapa exterior. Su alma también estaba bajo cero a pesar del calor de la habitación. Más tarde, por la noche, entraría en su blog para colgar una nueva entrada.

* * *

El blog de Alejandra

El verano se presenta como siempre, ABURRIDO. Ayer estaba leyendo un libro y esta idea del hastío inmenso me asaltaba una y otra vez a la cabeza. No puedo hacer nada que no sea pensar en ello. Otra vez a la piscina de la urbanización. Todos mirando a ver cómo me las apaño este año para bañarme. Me siento como una ballena varada en la playa a la que hay que meter en el mar de nuevo. Allí me llevan en brazos mi madre y la socorrista, para que me remoje un poco a la vista del resto del mundo. Cómo me gustaría hacer algo distinto. Salir por ahí. Pero no. Soy una carga para quien vaya conmigo. Quizá es que en realidad no quiero ir con nadie. ¿Por qué no pasará algo? ¿El qué?

Menos mal que tengo mi espejo. Esta tarde, yo sola, he cerrado el pestillo de mi habitación mientras mi madre estaba en la cocina. He sacado toda la ropa que me encanta del armario. Está a mi altura, ¿sabes? Me he tumbado después en la cama y, con mucho esfuerzo, me he ido poniendo cada blusa, cada pantalón. Me miraba una y otra vez, de cuerpo entero, estirada.

Esto me ha animado para medio verano, por lo menos.

Etiquetas: Vaya veranita.

2 Comentarios

Anónimo: Estoy segura de que este verano te llega alguna sorpresa. Ya verás, guapa.

Alejandra: Gracias por tus ánimos, querida desconocida. También me alegra saber que alguien lee lo que escribo.

Esperanza fue a levantar a Alejandra, como todas las mañanas. La joven tenía una campana que hacía sonar cuando se despertaba en época de vacaciones. Eran las diez de la mañana. Ya llevaba un rato con los ojos bien abiertos en la semioscuridad, pero no le apetecía nada moverse. ¿Para qué? Al fin y al cabo, el día se presentaba como el resto del verano, gris, a pesar del sol luminoso que ya se colaba entre las rendijas de la persiana. Si tuviera que decir cómo se sentía, podría compararse a un guepardo salvaje encerrado en el zoo. Necesitaba correr a más de cien kilómetros por hora, oler las presas, cazarlas. Sin embargo, solo era capaz de dar vueltas alrededor de la jaula de cemento, de una parte a otra, hasta que le ponían la cena en el suelo y comía con aburrimiento. Ella estaba igual. Hasta su árbol del Retiro poseía más libertad en su quietud.

—Te he preparado un buen desayuno. Ya verás —dijo su madre mientras la ayudaba a ir al servicio.

—Vale. Gracias.

Alejandra comenzó a ducharse. Estaba sentada en el pequeño asiento de la bañera entre las dos barras de aluminio. Pensaba una y otra vez en lo terrible que era ver pasar el tiempo, sobre todo cuando tenía tan poco. Recordó el momento en que le comunicaron su enfermedad. Se había comprometido a aprovechar cada uno de sus días. Se dio lástima a sí misma. Tuvo el sentimiento que siempre deseaba alejar de su cabeza cada mañana a la hora de levantarse. Ese «¿para qué?» que podía destrozar al alma más dura y fuerte hasta arrojarla al suelo como un desperdicio.

En ese momento, un calambre recorrió su brazo izquierdo. Después, se quedó como dormido. Apenas podía moverlo. Un hormigueo muy molesto le recorría desde el hombro hasta la punta de los dedos. Se asustó. Aquello no tenía nada que ver con los ataques de inmovilidad. Esperó un rato. La sensación no se marchaba. Al revés, comenzó a sentir un dolor agudo en las articulaciones, sobre todo en el codo afectado. Estaba nerviosa y respiraba con ansiedad. El chorro de agua que resbalaba por su melena le robaba el aire. Jadeaba a la vez que escupía el agua que se colaba en su boca. Le resultaba imposible apagar el grifo debido a su angustia.

—¡Mamá! —gritó acongojada, mientras se intentaba tapar su cuerpo desnudo con el brazo derecho.

La sensación de dependencia se hizo mayor que nunca. Comenzó a contar los segundos interminables que pasaban hasta que llegara Esperanza. Chilló de nuevo. Iba por el 187 cuando por fin la puerta se abrió, dejando escapar todo el vaho acumulado.

—¿Qué sucede, hija?

—No puedo mover el brazo.

La madre descolgó una toalla de la percha y acudió a tapar a Alejandra. El agua la empapó mientras cerraba el grifo. Todo a su alrededor se mojó.

—¡Paula, por favor, ven! —llamó Esperanza.

Alejandra se quedó sorprendida. Su amiga estaba allí. Intentó arrojarse más con la toalla empapada. Se sintió contenta y triste a la vez. Paula entró en el baño encharcado.

—Ayúdame a sacarla. Le duele un brazo —dijo su madre con una serenidad totalmente fingida.

Entre las dos la llevaron cogida en brazos. Después de tumbarla en la cama, Paula se fue al salón y Esperanza vistió a su hija deprisa. Ahora ya se notaba su nerviosismo. No era capaz de abrochar los botones de la blusa y deseaba llevar a su hija a urgencias cuanto antes. Alejandra se observaba en el espejo del techo. Tenía la mirada perdida. ¿Por qué le sucedía a ella? Sí, ¿por qué?

Poco a poco le fue disminuyendo el dolor. Movié los dedos de la mano afectada. Se animó. Vio el brillo, como un tímido sol que amanecía, en sus propios ojos.

—Se me está pasando —susurró.

—Te voy a sentar —contestó su madre.

Comenzó a cepillarle el pelo en silencio, igual que cuando era pequeña. Alejandra lo agradeció. Aquello la relajaba. Movié por fin el codo izquierdo y acarició la mano de su madre.

—Ya ha pasado, mamá —dijo Alejandra con la voz más animada—. Llama a Paula, que estará de los nervios.

Su amiga apareció al instante. Estaba detrás de la puerta, esperando como un perrito a la voz de su amo. Corrió hasta la cama. Había pasado un cuarto de hora acongojada, con los músculos tensos.

—¿Qué tal estás?, mi niña —dijo Paula con voz zalamera.

Alejandra se limitó a sonreír. Aún no era capaz de cerrar la mano del todo, pero se callaría. Nadie debía saberlo. Aquello suponría un viaje al hospital, pruebas y una noche fuera de casa. En el fondo, daba igual. Aquella enfermedad no tenía solución, a pesar del «kilo» de pastillas que se tomaba cada día con el desayuno, la comida y la cena. Había una lista con los colores que le correspondían en cada momento pegada en el frigorífico.

—Bueno, creo que le podemos dar ya la sorpresa —dijo Esperanza mientras se frotaba las manos—. Este verano nos vamos a la playa —aún le temblaba la voz.

La joven comenzó a recordar lo bien que se lo había pasado allí cuando era pequeña. Tras el accidente no habían regresado a Galicia.

—¿Vamos a Bueu?

—Sí, además...

—Yo también voy— añadió Paula—. Me ha invitado tu madre. Nos lo vamos a pasar genial.

Aquella era el tipo de sorpresa que había esperado Alejandra, aunque no se hubiera imaginado nunca que le encantaría tanto. Si hubiera podido, habría saltado de la cama. Rió con ganas mientras intentaba de nuevo cerrar la mano izquierda. No respondía, pero ahora nadie lo sabría con mayor motivo. No quería perderse el viaje por nada del mundo. Las últimas palabras de su madre resonaban llenas de vida en su cabeza. «*Un mes entero*».

Aquella noche tardó más en escribir la entrada del blog, pues solo podía utilizar una mano.

* * *

El blog de Alejandra

He tenido la gran sorpresa que deseaba. Increíble. Tras unos cuantos años, veré el mar de nuevo. Volveré a un lugar donde me lo pasé estupendamente. En busca del tiempo perdido, como dice no sé quién.

Buceando en internet he visto una pequeña estatua de mármol que representa a la libertad. Tiene una balanza en su mano y los ojos cerrados. A mí me han llamado la atención los dos platillos. En uno he visto los buenos momentos de la vida, en otro, los peores. Yo solo deseaba que uno de los dos estuviera lleno. Ya sabes cuál, pero eso es injusto, claro. Además, creo que las cosas buenas se saborean más cuando se viene de una situación crítica. Tras el extremo aburrimiento, me he alegrado como hacía mucho. Estoy en un justo equilibrio.

Quizá las cosas vuelvan hacia atrás con mi viaje, no me importaría lo más mínimo.

Etiquetas: vacaciones fenomenales.

2 Comentarios

Anónimo: Te dije que tendrías una gran sorpresa.

Alejandra: ¿Y tú cómo lo sabías?... ¿Quién eres?

Cuarta Parte

Los días que quedaban pasaron a toda velocidad. Alejandra ayudaba en todo lo que podía. Se sentía como un tren de mercancías que transitaba por la vía estrecha del pasillo, con maletas sobre las piernas, con ropa, con zapatos. Su madre pensó que quemaría la silla con tanta energía.

—¿Estás contenta?

—Mucho, mamá. Estoy deseando llegar —dijo la joven mientras se frotaba el brazo izquierdo, todavía adormecido.

—Pues te voy a dar un alegrón. Tú y yo nos vamos mañana. Hemos conseguido que nos dejen la casa unos días antes.

Por la tarde, los preparativos se aceleraron. Esta vez estaba su padre, que deambulaba de un lado a otro imitando a un águila en una exhibición del zoo. Su rostro reflejaba contrariedad, tenía el entrecejo fruncido y los labios blancos de tanto apretarlos. Seguramente que la idea de quedarse solo no le agradaba. La casa se inflaba con la tensión de su presencia, igual que un enorme globo. Iba a estallar y el detonante no tardaría en llegar.

Alejandra inició el vigésimo viaje desde su habitación hasta el salón. Lo hizo a toda velocidad, con tan mala suerte que atropelló a Alberto cuando salía del cuarto de baño. Aquella silla de casi cien kilos pasó como una apisonadora por encima de su enorme pie. El grito lo tuvo que oír hasta el portero. Después de llevarse las manos a la zona dolorida y saltar mientras resoplaba, comenzó el baile de reproches.

—¡Es que no sé dónde vais con tanta prisa! Podríamos irnos todos juntos. Además, ahorráramos dinero... —el dolor se le hizo más intenso—. ¡Mierda de silla...!

Esperanza lo cogió del brazo y lo llevó a la habitación. Su cara había enrojecido y una vena del cuello se mostraba casi tan verde como el fondo de un sucio pantano.

Los dos comenzaron a discutir. Mientras, Alejandra se refugiaba en su dormitorio, allí donde menos se oía la discusión. No quería saber nada y se lo repetía una y otra vez en su cabeza.

—¡Maldita sea! Trátanos como es debido. La culpa del accidente no fue tuya. ¿Lo oyes?... Estaba enferma y le fallaron las piernas —gritó Esperanza con fuerza.

Después, sonó un pequeño chillido y un llanto sofocado. La joven rodeó su cabeza con el almohadón. No quería oír más. Ni siquiera saldría a cenar. Solo abandonaría su habitación para irse al mar. Y lo cumplió. Pensó mucho en todo lo que disfrutaría con Paula durante las vacaciones. Era su forma de escapar de todo aquello, aunque resultó inútil. Pasó mucho tiempo con la luz encendida y mirando su imagen en el espejo del techo. Hubo un nuevo bajón en su estado de ánimo, como si las fuerzas le abandonaran todo el cuerpo y un frío intenso se adueñara de sus huesos.

Por la mañana, muy temprano, las maletas esperaban en la entrada. Su madre estaba al lado, con los ojos cargados y el rostro hinchado. Sonrió, pero Alejandra no le devolvió el gesto. Levantó la mano derecha para abrir la puerta, mientras se incorporaba un poco en la silla para alcanzar el manillar.

—¿No te despidas de tu padre?

En la cocina sonaba el timbre del microondas que anunciaba su presencia allí. Alejandra se encogió de hombros. Estaba llena de rabia, lo cual ahogaba incluso el dolor de su brazo izquierdo, que aún persistía.

—¡Adiós! —gritó la joven sin moverse del sitio.

Después, cogió la maleta que le correspondía junto con el maletín de la Tablet y las dos salieron de casa sin más. Su padre, o no lo oyó, o no quiso contestar. El portazo sonó a vacío.

Desde que abandonaron la casa, hasta que escribió una entrada en su blog, pasó un día completo. Durante todo el viaje, agradeció aquella huida de kilómetros y kilómetros. Cada señal que indicaba una menor distancia con respecto a su destino, sentía que perdía las escamas que últimamente atenazaban su garganta.

* * *

El blog de Alejandra

Galicia, Pontevedra, Bueu.

No recordaba el mar. Ha salido de detrás de un montículo, inmenso, como si fuera imposible que estuviera allí escondido. Azul. El sol agitaba sus aguas y brillaban al atardecer. A pesar del cansancio del viaje, más de siete horas, he recuperado la sonrisa. Mis problemas parecen estar más lejos que nunca, a unos 600 kilómetros.

Sigo creyendo que la vida es una balanza equilibrada. A una gran alegría le corresponde una gran tristeza. Es el pago de una y otra. Yo ya esperaba que sucediera algo horrible tras el anuncio de nuestro viaje. Lo sabía. Nunca es perfecto todo. La discusión lo ha confirmado.

La casa donde estamos es preciosa. Las paredes de la fachada están cubiertas de azulejos azules y las ventanas de madera recién pintadas de blanco. Parecen escapadas de la ilustración de un cuento. Por dentro es enorme. Un gran pasillo te conduce de una a otra habitación, cada una distinta. Paula y yo las hemos recorrido todas sin dejar que se nos escape el mínimo detalle. La de color violeta, más grande que el salón, me la he quedado yo. Tiene un cuarto de baño dentro y una cama de matrimonio. Está llena de estanterías con libros y películas de vídeo. Echo de menos mi espejo con plano cenital, pero bueno. Mi amiga se ha apropiado de la de color verde. Por todas sus paredes hay cuadros de fotos antiguas en blanco y negro. Gente desconocida, pero que resulta cercana por alguna extraña razón. Su cama es la más pequeña, pero muy llamativa. El cabecero tiene forma de cabeza de bruja. Dos agujeros hacen de ojos.

*Lo peor de nuestra llegada es que se ha hecho enseguida de noche. Con deshacer las maletas y colocar todo, se ha ido el día. Hasta mañana no disfrutaré de Bueu.
Soy tan feliz.*

Etiquetas: La casa de Bueu.

1 comentario

Yo también soy muy feliz, mi niña. Firmado: Paula, tu sorpresa anónima.

Alejandra se despertó temprano. La excitación no la dejaba dormir. Con gran esfuerzo, se sentó en su silla de ruedas. Todavía le dolía el brazo, aunque lo peor era la sensación de hormigueo que le recorría desde el hombro hasta la punta de la mano. Pero se sobrepuso. Estaba deseando llegar a la cocina y asomarse por la ventana. Durante la noche había observado las excelentes vistas que había desde allí. El puerto estaba iluminado y se apreciaban las calles dibujadas por las farolas. La situación de la casa era privilegiada, pues se encontraba sobre una cima, rodeada de pinos y eucaliptos en la parte de arriba. Aun así, no había mucha distancia ni hasta la playa ni hasta el pueblo, bajando por una pequeña carretera en buen estado. Aquello le podía dar autonomía a la joven.

Abrió la blanca ventana para respirar la humedad. Había bruma, pero el mar azul llenaba el horizonte. Se imaginó, pues lo esperaba con ansiedad, que el sol se abriría paso a lo largo de la mañana. Tenían previsto bajar a la playa para pisar la arena antes que nadie. Daba igual que lloviera o hiciera frío. Aquella sensación no se la perderían por nada del mundo. Bueno, más bien la tendrían Paula y su madre. Sus piernas insensibles no le ayudarían.

—Cogeré un puñado de arena y lo estrujaré entre mis manos —dijo en voz alta.

—Es buena idea —contestó Esperanza, que estaba observándola a sus espaldas.

Alejandra giró la silla de ruedas y vio la sonrisa de su madre. Sin duda, estaba más animada. Las dos comenzaron a preparar el desayuno. Se habían traído lo imprescindible de casa: leche, galletas, mantequilla y pan duro. Con eso se apañarían, por lo menos el primer día.

—Por la noche llamó papá —soltó de repente Esperanza.

La joven permaneció en silencio. Aún no quería saber nada de él ni de la discusión. Solo deseaba que saliera el sol. Se dio la vuelta para mirar de nuevo por la ventana.

—Me dijo que te pidiera perdón de su parte.

—Vale.

Aquella palabra tenía mucho significado oculto detrás. Alejandra prefirió no añadir nada más. ¿Por qué no se lo había dicho su padre a ella directamente? Aún no dormía cuando escuchó la conversación. Era mejor dejarlo pasar, no insistir en el asunto. De esa

forma no hacía daño a su madre, que se quedaba satisfecha, como si se acabaran ahí todos los problemas.

—¡Buenos días! —gritó Paula desde el pasillo.

Ya se había despertado «*el ciclón*», pues ese era el apelativo más adecuado para ella. En tres pasos se plantó en la cocina y se puso a ayudar. Todas tenían prisa y en media hora se encontraban en la playa. No tuvieron problemas con el aparcamiento, aún no había nadie. Ni siquiera habían abierto los dos chiringuitos que custodiaban los límites de la carretera. Tampoco la caseta de los socorristas.

El oleaje de la ría no solía ser muy fuerte, pero aquel día decidió recibir a las tres visitantes con mucho ruido, como si celebrara el regreso de Alejandra. La espuma producía sus rugidos de forma intermitente, silencio, bramido, silencio, bramido.

Paula guió a su amiga por la plataforma de madera habilitada para las sillas de ruedas. Llegaba hasta la mitad del camino. Después, se quitaron el vestido de playa. Allí, comenzó el mayor esfuerzo. Esperanza incorporó a Alejandra y junto con Paula, cada una de un lado, la llevaron en andas hasta el agua. Allí la sentaron en la orilla para que el oleaje la salpicara. El agua estaba fría, pero no importaba. Una gran sonrisa se había dibujado en su cara, como si tuviera tres años.

Desde un montículo, cerca de la carretera, un joven contemplaba la escena. Llevaba puesto un maillot de ciclista y el correspondiente pantalón ceñido. El pelo moreno brillaba por los rayos del sol. Su rostro curtido le hacía sin lugar a dudas habitante de aquellas tierras. Tenía los ojos claros, recordando algún antepasado sajón. Su pose atlética y su nariz recortada no le hacían pasar inadvertido. Gozaba de bastante éxito entre las jóvenes del pueblo, aunque a él no le hacía mucha gracia. Preferiría lo contrario, pasar desapercibido.

El chico se había bajado de su bicicleta para ver mejor. Le resultaba increíble que a las diez y media de la mañana, con aquel frío, alguien se diera un baño. Más aún que fuera una chica en silla de ruedas. Se quedó allí inmóvil un rato. En ningún momento pensó que su presencia pudiera resultar molesta, incluso pasado un tiempo se atrevió a acercarse hasta ellas con un andar seguro y tranquilo.

—¿Puedo ayudaros? —dijo a las tres espaldas.

Alejandra se sobresaltó y, al mirar hacia atrás, sintió una vergüenza tremenda. Se puso roja como un cangrejo ermitaño sorprendido fuera de su caparazón. Si al menos aquel chico hubiera sido feo, la sensación de calor dentro del agua a diez grados no hubiera sido tan insoportable. Una ola rebelde y de mayor tamaño le inundó la boca abierta. El sabor a sal la obligó a escupir. Creía que era imposible hacer más el ridículo. Pero se superó. Le falló el brazo izquierdo, se cayó de espaldas y sintió incluso pánico al estar boca arriba.

El joven reaccionó a tiempo, pues era el único que miraba a Alejandra. Paula también se había quedado fascinada y Esperanza intentaba calibrar la situación. Así, ante la mirada de la madre y la amiga, él sacó del mar a la pobre chica remojada.

—¿Estás bien? —dijo el chico—. Menos mal que he llegado para rescatarte.

Esperanza se dio cuenta de la situación y se agachó junto a su hija. Paula también la sujetó por la mano. Ninguna de las tres había conseguido decir hasta entonces ni una sola palabra. Sonreían embobadas. Parecían posar para la foto perfecta, a pesar de todo.

Al mediodía llegaron a casa. Nada más entrar por la puerta, Alejandra cogió su ordenador y dejó sus impresiones en el blog. Necesitaba expulsar su sensación de ridículo cuanto antes.

* * *

El blog de Alejandra

¡Tierra, trágame!

O mejor, arena, devórame. Nunca, nunca, lo había pasado tan mal. Y no hay remedio. Era tan guapo... Me he caído arrastrada por las olas y me ha salvado. No sé su nombre ni creo que lo averigüe. Él lo tenía todo, también la simpatía. Paula se ha quedado igual de cortada, incluso mi madre, como estatuas de sal frente a la ría.

Lo siento por vosotros, pero hoy no soy capaz de contaros nada coherente, nada. Solo puedo deciros que, si sois capaces de imaginar una cigüeña desplumada en lo alto de un campanario, sabréis cómo me he sentido esta mañana.

Roja, roja, roja...

3 comentarios:

Un seguidor anónimo: No será para tanto, Alejandra. Hay situaciones peores en la vida, eso creo.

Alejandra: Pues mira que lo dudo. Me han pasado cosas ridículas con la silla de ruedas, pero nunca delante de alguien que me gustaba.

Paula: Yo estaba allí y doy fe. Ha sido peor de lo que te imaginas.

A la mañana siguiente, el día se mostraba más cálido. La bruma y las nubes bajas no habían aparecido en toda la noche, lo cual suponía algún grado más de temperatura.

Alejandra había vuelto a madrugar. Se había levantado envuelta en un hálito de idílica esperanza llena de incertidumbre. Por un lado, deseaba ver de nuevo a su salvador. Por otro, seguía con su sentimiento profundo del ridículo.

Al bajar a la playa, una vez que la habían sentado en la orilla del mar, se giraba y miraba a todas partes. Oteaba el horizonte como una gaviota de primera hora de la mañana en busca de algún bocado exquisito. Pero él no llegaba. Por eso, decidió aventurarse en el agua. Tenía miedo, pues su brazo izquierdo, todavía entumecido, no le inspiraba mucha confianza. Aun así, comenzó a adentrarse en aquel mar helado, incluso en verano. Su destino, las boyas amarillas que señalaban el área de baño.

Había nadado mucho desde el accidente, en todas las épocas del año, acostumbrándose a arrastrar el lastre de sus piernas. Para facilitarlo, se ataba los tobillos y las rodillas con unos tirantes especiales. Aquel era el único deporte que podía realizar en solitario.

En lo más profundo de su mente, pensaba que quizá el desconocido del día anterior la salvaría de nuevo. Esta vez sin hacer el ridículo.

—¿Dónde va? —preguntó Paula al verla arrastrarse hacia el interior.

—Déjala, sabe medir sus fuerzas —le contestó Esperanza, aunque no con mucha seguridad.

Las dos se quedaron en la arena, observando los perfectos movimientos de Alejandra. Ella tardó en llegar a su objetivo, pero lo consiguió. Allí esperó unos minutos para descansar, sujetándose en una boya. El esfuerzo le había sentado bien y su brazo estaba mejor que otros días. Comenzó de nuevo a mirar hacia la playa. A lo lejos, entre dos montículos de arena llena de hierbajos, vio pasar una bicicleta. Quizá fuera él. Con aquella vana esperanza, regresó lo más deprisa que pudo. Sin embargo, no tuvo recompensa. Ya había más gente en la playa, pero ni rastro de aquel chico que le interesaba.

Paula la recibió con una sonrisa y una enorme toalla azul. Parecía relajada al verla llegar. Se metió un poco en el agua para ayudarle a sentarse en la orilla. Después de

recobrar el aliento y saborear el sabor de la ría en sus labios, Alejandra también sonrió. Fue cuando su amiga decidió averiguar cómo se encontraba. Sabía que algo especial sucedía aquella mañana.

—Bien, hacía tiempo que necesitaba esto —contestó Alejandra.

—¿Seguro?... No sé. ¿Te pasa algo?

Alejandra no podía tener secretos con ella. Decidió contárselo antes de que insistiera más. Su corazón estaba a punto de explotar.

—¿Te acuerdas de cuando discutimos por un chico?

Paula asintió. ¡Cómo lo iba a olvidar!... Héctor. Desde entonces su relación con Alejandra había mejorado, sobre todo por el desahogo que supuso. Sin embargo, aún quedaba en su interior el aguijón del remordimiento clavado en su nuca por haber estado con él hasta el día del Retiro. Ese seguía siendo su secreto.

—Pues me gusta el desconocido de ayer —soltó sin más.

Paula sintió un burbujeo en la garganta. A ella también le llamó la atención el joven, aunque tenía más experiencia con los chicos. Sabía que una cosa era que te pareciera bien y otra poner expectativas en alguien al que solo se ha visto una vez. Muchos abrían la boca y lo estropeaban todo, aunque el de ayer no, pero bueno. Ella también le había buscado por todas partes mientras nadaba Alejandra. No, pero no iba a poner sus esperanzas en un tío que aparecía un rato en su vida. Aquello era de crías. Su cabeza razonaba, pero su corazón no. Como si tuviera celos repentinos de su amiga. Se puso en pie.

—Bueno, aún no lo conoces. Quizá no lo vuelvas a ver —dijo con la voz un poco rara—. Olvídate.

Alejandra hizo un gesto de extrañeza, pero se estaba quedando fría y le pidió que llamara a su madre. Entre las dos, la llevarían al interior para tomar un poco el sol.

La mañana pasó sin novedad y más aún la tarde. Ni rastro del chico de la bicicleta. Las dos amigas se pasaron el día buscándolo allí por donde pasaban de forma disimulada.

Paula estuvo nerviosa, mirando su móvil. Deseaba ver la nueva entrada del blog de Alejandra. Si hablaba del desconocido, pondría un comentario, seguro. Se había acostumbrado a comunicarse así con ella, mediante la tecnología digital. No soportaba su inocencia tan infantil y, si se lo decía a la cara, seguro que se enfadaría.

* * *

El blog de Alejandra

Tengo que verle otra vez.

Estoicismo: Fortaleza o dominio sobre la propia sensibilidad.

Estoico: Fuerte, ecuaníme ante la desgracia.

No sé cómo he llegado a la definición de estas dos palabras desde internet, pero aquí las pongo. Me gustaría saber si soy algo «estoica» y por eso no me cuesta estar atada a una silla de ruedas. Me veo como una abeja que al clavar el aguijón ya sabe que morirá a continuación. Eso es estoicismo. Sin embargo, no soporto igual otras cosas más llevaderas para los demás. Lo peor ha sido hoy cuando no ha venido mi salvador de ayer. Estaba deseando verlo, hablar con él, quizá para demostrarle que no soy una estúpida ridícula. Además, voy a confesar que me gusta, así sin más. ¿Estoy enamorada o soy una cría? Me imagino que eso pensaréis de mí.

2 comentarios

Paula: Sí, creo que es pronto para decir esas palabras. No sabes ni cómo se llama él.

Alejandra: Ya hablamos. ¿Vale?

Quinta Parte

Habían pasado cuatro días y Alberto ya estaba con su mujer y su hija en la playa, aunque seguía ausente, enganchado al teléfono móvil, contestando a asuntos del trabajo. Para Alejandra no resultaba un problema, más bien una pequeña liberación cada vez que oía el sonido de una nueva llamada. Igual que la meta para un corredor de maratón que ha aguantado horas en la carrera silenciosa.

En cuanto al desconocido, no había novedades y, sin embargo, su aureola crecía más y más. Alejandra lo esperaba como una especie de caballero andante que la ayudara a escapar de las garras del dragón. La relación con Paula se había enfriado después de su comentario en el blog. Había cierta distancia, aunque no habían hablado ni una sola palabra sobre el tema. Todo se quedó en un roce digital y un pacto no explícito de silencio. Estaba casi segura de que a ella también le gustaba el ciclista. Ese era su pensamiento mientras paseaba en su silla automática por el camino que bordeaba la playa, junto a la carretera mal asfaltada y las malas hierbas que crecían al final de la arena. Había pedido permiso para ir sola a comprar el pan. La tienda estaba al otro lado de unas casas preciosas. Cada una, de una forma distinta y con miradores hacia el mar. Los jardines estaban repletos de hortensias de distintos colores, desde el morado al blanco. De algunas no se veían ni las enormes hojas que había por debajo de las minúsculas florecillas de enjambre.

No tenía prisa y se detuvo ante el chalet que más le gustaba. Su color verde parecía desafiar al viento y a la arena, que chocarían en invierno contra la enorme fachada. A través de unas grandes cristalerías se podía ver el interior. Los muebles antiguos del salón le daban un aire distinguido, casi perfecto. No había ni muchos ni pocos, los justos. Se fijó en un escritorio de color caoba. Le encantaría escribir allí miles de cartas, aunque no fueran dirigidas a nadie. Lo que jamás haría es poner encima su *tablet*.

—Eso sería un pecado —se dijo en voz alta.

—¿El qué sería un pecado? ¿No habrás perdido las llaves de tu casa? —preguntó una voz justo detrás de ella.

Inconfundible. No había duda. Él estaba allí. No se atrevía a girarse. A su lado, en el suelo, vio la sombra de alguien montado en bicicleta. La silueta negra se movió. El joven se había quitado el casco y se aproximaba aún más.

—¿Estás bien?

Alejandra dio por fin la vuelta a la silla. Tenía miedo de hacer el ridículo otra vez y, si seguía sin moverse, lo conseguiría. Tragó aire como si fuera a respirar por última vez en su vida.

Justo en ese preciso instante, él la iba a tocar con el dedo en el hombro para ver si se encontraba bien. El movimiento de Alejandra pareció una huida grotesca. ¡Oh no! Había quedado de nuevo como una estúpida. Su voz tembló.

—No... No me pasa nada... solo estaba mirando... las casas. Me gustan.

—Me habías asustado. Creía que había que salvarte otra vez.

Se acordaba de ella. Claro que era normal... Cómo iba a olvidar aquella «escenita» del hundimiento accidental. Lo único que se le ocurrió fue sonreír. Después, Alejandra reaccionó. Tenía que recuperar terreno. Se lanzó al vacío con los ojos cerrados.

—Si quieres ayudarme, puedes acompañarme a comprar el pan.

¿Se había pasado? Quizá. Se había tirado desde un puente y sin cuerda. Su mente le mostraba aquellas imágenes suicidas con un grito interior que retumbaba en las paredes de su cerebro.

—Vale, voy contigo. Así me aseguro de que no te quedes alucinada de nuevo ante alguna casa y de que llegues a tu destino sin perder más tiempo.

La sonrisa de aquel chico parecía una bocanada fresca de aire gallego. Asomaban entre sus labios los dientes fuertes y blancos, como barrotes de marfil de una bella cárcel. Las mejillas acompañaban al gesto y se hundían en dos hoyuelos que merecería la pena mirar durante un día entero. Los ojos lanzaban destellos de una vida segura y sencilla.

Los dos jóvenes se dirigieron despacio hacia la panadería. Él, con la bicicleta en la mano. Ella, con el dedo en el mando de su silla de ruedas. Comenzaron por presentarse. Se llamaba Saturnino. Por fin tenía algún defecto, aunque todos le conocían por Nino. No le faltaba conversación, lo cual hizo que Alejandra se relajara. Le encantaba el acento de aquellas tierras.

—Yo soy de aquí, pero pronto quiero irme a estudiar fuera. Incluso a Madrid. Necesito moverme, no puedo estar quieto. He acabado segundo de Bachillerato, Humanidades, ¿sabes? Me encanta escribir. Tengo un blog con algunos relatos cortos.

Alejandra se mordió la lengua justo cuando iba a interrumpirle. Ella también tenía un blog, aunque mejor mantenerse en el anonimato. Allí había hablado de su encuentro con él. Casi mete la pata.

—Algún día quedamos y te leo algo. Si quieres, claro.

—Sí, me gusta leer. Además, tengo ganas de escribir. También me encantaría hacerlo.

Tras girar a la derecha y entrar en una gran avenida, llegaron a la panadería. El olor a empanada de pulpo y pan recién sacado del horno hizo que Alejandra cerrara los ojos frente a la cesta abajo que había ante la puerta. Había olvidado aquellos aromas de

Bueu. Allí, muchos años atrás, iba todas las mañanas con su padre a comprar una gran barra de pan gallego y a ella le daban un colín. Por un momento, se olvidó hasta de su acompañante. La tuvo que despertar de nuevo.

—Yo me voy. Mi padre me espera —esta vez habló con una seriedad que no parecía suya—. Tenemos cosas que hacer.

—¿Podemos vernos otra vez? —Alejandra reaccionó a tiempo.

—Bueno —contestó Nino sin pensárselo dos veces—. Si vienes todas las mañanas por la playa, yo te visitaré.

El joven montó en su bicicleta en un segundo y desapareció entre los edificios irregulares que había junto a la avenida.

* * *

El blog de Alejandra

He hablado con él, por fin. Se llama Nino.

Lo que más me gusta es su naturalidad. Como si lleváramos años juntos, no me ha preguntado nada de mi enfermedad, de mi silla de ruedas, ni de qué me ha pasado. Eso me ha alegrado muchísimo. Hemos hablado de forma normal, de pequeñas cosas, sobre todo de lo que nos gusta. Estoy flotando como un corcho sobre un vaso de aceite. He visto su blog, se llama «Mis pequeños relatos, por Nino». Con el nombre que tiene, Nino, no ha sido difícil localizarlo. No os dejo el enlace por si acaso descubre el mío. Sus historias son alucinantes, aunque he de reconocer que yo no puedo ser objetiva. Os recomiendo el relato de «El encantador de serpientes». No os digo más.

¿Volverá a verme o pasará de mí?

0 comentarios.

El blog de Nino. Mis pequeños relatos

Perfil:

Soy Nino, de Bueu, para más señas. Me encanta escribir, sin ánimo de más. Solo deseo disfrutar con lo que hago, porque, cuando me meto en mis historias, soy yo el protagonista y me sumerjo en nuevos mundos. Me gustaría que a ti también te pasara lo mismo cuando leas este blog.

El encantador de serpientes

Todas las mañanas, el mejor encantador de serpientes de la India, Aadi, salía de su pobre y destastada casa, muy cercana al río Ganges. Llevaba en sus brazos una esterilla, una flauta y un enorme cesto donde dormía la serpiente más peligrosa de todas, una cobra. Se colocaba en la calle más ancha y fluida de Bagdad, frente al mayor mercado, y hacía bailar a su querido animal con una preciosa música. Hasta que la memoria le llegaba, Aadi siempre había estado en aquel lugar. Primero, con su abuelo, después con su padre y ahora él solo.

Los curiosos siempre le echaban el dinero desde cierta distancia, por miedo a su compañera. Después, se retiraban un poco y contemplaban aquella preciosa danza. Hacia adelante, hacia atrás. A veces, la serpiente se acercaba tanto a su dueño, que todos creían que lo atacaría. Pero entonces la flauta soltaba unas notas todavía más bellas y comenzaba un baile aún más armonioso que el anterior.

Aadi era muy feliz, pues tenía todo lo que podía desear. Disfrutaba de su trabajo, tenía una casa y siempre podía comer en más de una ocasión al día. A veces, se sentía solo, pero enseguida pensaba en los niños que quedaban hipnotizados por su flauta cuando iban a la escuela. Aquellos rostros alegres le devolvían la paz. Su vida se reducía a estos pequeños placeres.

Todo iba bien hasta que un día, muy temprano, llegó la policía y le obligó a marcharse a casa. Una ley, que no conocía, había prohibido el viejo oficio de encantador de serpientes. Al principio, buscó otras calles menos concurridas, pero el resultado fue el mismo. Una y otra vez, lo encontraban y lo echaban de allí. Poco a poco, fue disminuyendo el pan que tenía para comer y algunos días pasaba hambre. También faltaba el alimento para su serpiente. Debía cambiar su suerte, pero en la cabeza de Aadi no cabía otro oficio que el de encantador de serpientes. Algunos amigos le aconsejaron marcharse de la ciudad y recorrer los pequeños pueblos de la India, donde nadie le molestaría, pero no deseaba abandonar su casa para vivir en las calles.

Una mañana, cuando más desesperado estaba, se acercó al mercado donde siempre había estado. Esta vez no llevaba ni la esterilla ni la serpiente. Vio con desilusión que la vida seguía igual. Ya nadie se acordaba del viejo encantador de serpientes. Decidió entonces sacar su flauta y tocar la más alegre de sus melodías para ver si su espíritu recobraba la paz. En muy poco tiempo, un grupo numeroso de niños comenzó a arremolinarse junto a él. Bailaban y danzaban llenos de entusiasmo. Desde los más pequeños hasta los más jóvenes. Parecían serpientes multicolores que movían su cabeza al ritmo de la melodía.

Aadi vio que casi todos llevaban libros en las manos y alguna cartera en los hombros. Iban a la escuela. Fue entonces cuando su cabeza se iluminó. Había tenido una idea y la iba a llevar a cabo sin esperar más. Empezó a marchar en dirección al colegio, allí los llevaría.

La profesora, una bella mujer de mediana edad, esperaba a los alumnos en la puerta y nunca había tenido tantos como aquel día, pues muchos faltaban y se perdían en los entretenimientos de las calles. El grupo se había vuelto casi multitud. Además, llegaban todos contentos y alegres al ritmo de la seductora flauta.

Desde entonces, todas las mañanas, muy temprano, Aadi cogía su flauta de bambú y llevaba a los niños del barrio al colegio y ese fue su nuevo trabajo, donde quizá era más feliz que antes.

Además, nunca estuvo ya solo.

2 comentarios

Alejandra: Me fascina la capacidad de adaptación de Aadi. Al final consigue hacer también lo que le gusta, a pesar de todo.

Nino: Gracias Alejandra. Me encanta que te guste. Mañana nos vemos.

Por la mañana, Alejandra estaba muy nerviosa. Tenía unas ganas tremendas de llegar a la playa y Paula lo notó enseguida. Aprovechó el primer momento que se quedaron solas después del desayuno para pedirle perdón a su amiga. La siguió hasta su habitación rosa. Había sido una tontería lo de enfadarse por aquel chico que nunca más iba a cruzarse en su camino. Quizá se irritó por la falta de experiencia en esas cuestiones de Alejandra o incluso porque en su cabeza no cabía la posibilidad de que alguien así, con esa enfermedad, en una silla de ruedas de por vida, tuviera una relación estable. Solo se haría daño a sí misma y a la otra persona.

—No le hemos vuelto a ver. La verdad es que los chicos van y vienen. No te puedes fiar ni un pelo —dijo Paula.

—Hombre, este solo pasó por allí, nada más. No pretendía otra cosa que ayudar —contestó Alejandra—. No desconfíes tanto. Además, yo me lo encontré ayer.

Fue una verdadera sorpresa. Por la noche no había mirado el blog de su amiga y no tenía ni idea de lo sucedido. La curiosidad casi acaba con ella. Necesitaba saberlo todo. Hizo un gesto para que Alejandra siguiera.

—Vino conmigo a comprar el pan. Es genial. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien —su sonrisa lo corroboraba—. Hemos quedado ahora.

Aquello pinchó en el estómago de Paula como una verdadera aguja. Se encogió de hombros y dijo lo que pensaba sin esperar un segundo, con los labios ligeramente apretados.

—¿Crees que puedes llegar a algo con él?... No es ni de Madrid.

Alejandra sabía por dónde iban los tiros, como si por su enfermedad tuviera que renunciar a todo. Quizá pensara que era menos persona por su incapacidad o que su edad mental correspondía a la de su cuerpo poco desarrollado. ¿No tenía derecho a ser feliz? Dudó entre contestar o no. Tardó en decidirse en unos segundos de silencio. La habitación estaba aún más fría que antes, más que nunca. Por fin, habló. Quiso romper el hielo. Sabía que aún quedaban muchos días en Bueu y que la situación se haría insostenible si se enfrentaban de nuevo. Mintió sobre el futuro. En realidad, tampoco lo conocía y no le pareció mal dar algún rodeo en cuanto a lo que deseaba de verdad.

—No tengo pensado nada más allá que hablar con él. Estoy a gusto cuando le veo y eso es todo —Alejandra palmeó el brazo de Paula—. No debes preocuparte tanto por mí.

La joven recibió las palabras con una sonrisa forzada. Tenía la impresión de haberse alejado más que nunca de su amiga, a pesar de estar en la misma habitación. Le devolvió el pequeño golpe afectuoso y salieron al pasillo en silencio, como dos personas que en realidad solo habían coincidido en la sala de espera del dentista unos minutos.

Una vez que llegaron a la playa, Paula no se separaba de Alejandra y esta quería escaparse sin su compañía en busca de Nino.

—Mamá, me voy a comprar el pan —dijo ya desesperada.

—Yo te acompaño —añadió enseguida Paula.

Alejandra le lanzó una mirada de desaprobación, pero su amiga removía su mochila para evitarla, igual que si buscara algo para evitar el contacto visual. Después, se incorporó y se colocó al lado de la silla de ruedas como un rígido guardaespaldas. No había forma de librarse de ella. Las dos recorrieron el pasillo de madera que había sobre la arena y desembocaron en la pequeña acera. Allí, tras uno de los sucios montículos, esperaba con su bicicleta Nino. Esta vez, Paula fue quien mostró un gesto de amargura. Tenía la esperanza de que él no apareciera.

—¿Quién es tu amiga? —dijo rápidamente el chico mientras se quitaba el casco. Se había dado cuenta de la situación tan forzada.

Tras algunos segundos de embarazoso silencio, se hicieron las presentaciones. Después, iniciaron el corto paseo que llevaba hasta la panadería. En muy poco tiempo, las sonrisas de Nino se impusieron. Tenía un don para acabar con las mayores asperezas. La tensión y las malas formas del principio se rompieron hasta que llegó la hora de despedirse.

—¿Por qué no os venís esta tarde conmigo de excursión, Alejandra? —dijo el joven con mucha animosidad.

—No creo que sea una gran idea —respondió de inmediato Paula, mientras echaba un vistazo instintivo a la silla de ruedas de su amiga.

—Pues yo lo tengo claro —Alejandra utilizó un tono molesto—. Sí. Tú si no quieres...

El joven se quedó mirando a las dos amigas en busca de una solución. Como no llegaba, la dio él.

—Pues nos vamos tú y yo, Alejandra.

—En ese caso necesito que Paula me cubra las espaldas. De otra forma, no me dejarían mis padres.

Su amiga cedió a regañadientes. Una vez más, en su cabeza se materializó Héctor y la traición que había cometido. Sintió que aún le debía una. No tenía escapatoria. El plan era muy sencillo: las dos irían de excursión, pero solo Alejandra lo haría de verdad. Mientras, Paula pasearía por el pueblo esperando el regreso.

—¿Tienes coche? —preguntó al final Alejandra.

—Sí, la furgoneta de mi padre. Cabemos los dos y tu silla.

—¿Y carnet?

—Hombre, guapa, se supone.

La joven no cabía en sí de la alegría. Se sentía más mayor que nunca, más viva que cualquier otra persona del mundo, incluso con mayor movilidad. Por primera vez, le daban lástima los demás, sobre todo su amiga. Miró al horizonte que asomaba al final de la playa. Allí, donde se juntaban el cielo y el mar, se encontraba ella.

* * *

El blog de Alejandra

Unas pocas palabras.

Esta tarde me voy de excursión con el desconocido, que ya lo es menos. Estoy tan nerviosa... Creo que en cualquier momento puedo levantarme de la silla y salir corriendo. Soy capaz de todo.

Tengo que dar las gracias a P. Me ayudará a ir con él. En el fondo, es mi mejor amiga, aunque a veces no la soporto. Se pone tan proteccionista. Es peor que mi madre. Espero que ella no lea esto.

0 comentarios.

—¿Dónde vais? —preguntó Alberto a las dos jóvenes.

—A dar una vuelta —respondió Paula muy deprisa.

Cuando salieron a la calle, Alejandra animaba a su amiga a que empujara la silla de ruedas con más ganas. Llevaban la manual, que carecía de batería, para después montarla bien en la furgoneta. Ninguna comentó la entrada del blog. Por supuesto que Paula la había leído. Se habían habituado a relacionarse por la red y caminaban prácticamente en silencio. Con el blog era más fácil no contestar a las palabras que herían. Al menos eso pensaba Paula. Se hacía la sorda.

Eran alrededor de las tres de la tarde y hacía algo de calor, aunque no mucho. El aire se mostraba claro y húmedo, con una suavidad que acariciaba el rostro feliz de Alejandra. Las calles estaban casi desiertas y llegaron al centro del pueblo en cinco minutos. Allí tampoco había casi nadie. Las tiendas estaban cerradas y solo una pequeña hamburguesería tenía a cuatro clientes animados en una mesa de la terraza. Ni siquiera el puesto de chucherías La Bruja estaba abierto. Ocupaba un lugar estratégico junto a un parque de columpios. Al fondo, ya asomaba la lonja, junto al puerto silencioso. Ese era el punto de encuentro.

Bajo una enorme morera, Nino silbaba junto a una furgoneta blanca, mientras jugueteaba con un manojo de llaves. Encima de la matrícula, se veía una pegatina medio rota donde se leía la leyenda «*Me encanta Bueu*». Cuando el joven las vio, sonrió mostrando sus blancos dientes. Su pelo negro ondeaba en el aire a causa de la brisa del mar. Parecía aún más mayor. Alejandra le devolvió el saludo con la mano. Se sentía como una de las princesas de Disney. Quizá Pocahontas. ¿Podría ser más feliz?

Nino y Paula cogieron en brazos a Alejandra y la colocaron en el asiento del copiloto. La verdad es que no pesaba mucho, pero había que hacer fuerza para que estuviera erguida y que no cayera hacia los lados. Su amiga la ató, mientras Nino subía la silla de ruedas en la furgoneta. Se desmontaba fácilmente. Solo tuvo que sacar una rueda para que entrara bien.

—Espero que la cuides —le dijo Paula a modo de despedida.

—No te preocupes, que no pasará nada.

—Me la estoy jugando.

Nino no respondió más. Se cortó un poco al ver el gesto duro que mostraron las cejas encogidas de Paula. Montó en el vehículo y lo puso en marcha. La verdad es que se había metido en un lío. Después de todo el montaje estaba arrepintiéndose. Miró el rostro de Alejandra antes de salir y sus dudas se disiparon. Merecía la pena.

—¿Dónde vamos, Nino?

—Al fin del mundo.

En muy poco tiempo, la furgoneta giraba una y otra vez por una pequeña carretera, entre los enormes eucaliptos que la acompañaban. El sol parecía haberse rendido ante el follaje y sus rayos apenas llegaban al asfalto. Aquella oscuridad forzada le encantaba a la joven. Se sentía como en un túnel del tiempo que la arrastraría a sus mejores momentos. Había recibido una pequeña dosis de miedo al montar, pero se había borrado al contemplar aquel espectacular paisaje. Se notaba segura, a pesar de la dificultad del terreno. Los baches ocasionales la llevaban casi de un lado a otro. Botaba igual que una pelota en un maletero. En alguna ocasión, el motor rugía con toda su fuerza para elevarse sobre las cuestas de gran porcentaje. Si seguían subiendo, llegarían de verdad al fin del mundo vertical. A los lados del camino, había algunas «*corredeiras*» que parecían conducir hasta allí.

La carretera se convirtió de repente en una pista de cemento con múltiples baches, aún más todavía. Además, la pendiente se hacía mayor. El joven había metido la primera marcha para ascender sin que el vehículo se calara.

Por fin, Nino detuvo la furgoneta en medio de la nada. Justo cuando los eucaliptos que habían adornado el paisaje dejaban paso a enormes pinos centenarios de troncos tan gruesos y redondos como una mesa para seis personas. Alejandra se quedó sorprendida. Aquel bosque parecía virgen, como si nadie hubiera pisado nunca en él. Todo estaba sembrado de piñas secas y una pequeña vereda se abría ante ellos. Los sonidos de los pájaros rebotaban en las grandes ramas. La joven calibró con su mirada para ver si aquel lugar servía para su silla de ruedas. Nino lo comprendió enseguida.

—No te preocupes, por aquí podemos pasear. Estos son mis árboles. Se podría decir que el bosque es mío y lo conozco de memoria. Cuando tengo problemas subo aquí.

Alejandra esperó a que la silla estuviera preparada. Después, se dejó llevar por los brazos de su nuevo amigo. La sensación de ballena varada en una playa, que sentía tantas veces, se sustituía ahora por la de princesa que baja de su carroza de oro. Aspiró el olor de los pinos y el de Nino. Los dos se confundían en una grata fragancia. Decididamente, estaba hipnotizada; en otro mundo, donde las hadas y los duendes podían aparecer en cualquier momento y lanzarles pétalos de flores para darles la bienvenida.

Comenzaron a pasear por la vereda, bajo las ramas de los pinos. Había dos colores que lo llenaban todo, el azul oscuro del mar, el azul claro del cielo y el verde de los árboles. Sus troncos fuertes y vigorosos aguantaban en una línea casi recta. Alejandra no tuvo más remedio que recordar a su amigo, el árbol torcido y rodeado por la carcasa de

hierro, como ella. De repente, un sentimiento de culpabilidad se apoderó de su alma. Debía contar lo de su enfermedad. Nino merecía conocer la verdad. Estuvo a punto de llorar mientras el joven hablaba sin parar detrás de ella. Ella levantó la mano, con una señal que solo podía indicar un deseo. Quería detenerse.

—¿Qué te pasa? Pareces triste de pronto.

Una lágrima resbaló por el rostro casi perfecto de Alejandra. Empezó a contar su pequeña historia, el accidente, las visitas al hospital, la relación con su padre, el dolor. Durante unos instantes, Nino dudó, aunque solo fueron décimas de segundo. Los ojos del joven también mostraban la tensión del momento. A la vez, un secreto que él guardaba en lo más profundo de su corazón subió hasta su garganta para aferrarse a ella. Tragó saliva. Tenía que dar una contestación inmediata a Alejandra. Demasiado tiempo sin reaccionar. Optó por lo más difícil y costoso. Aquella chica indefensa le hechizaba y cada vez más. Las palabras comenzaron a atropellarse unas a otras para deshacer el nudo de su cuello.

—Me da igual que estés en una silla de ruedas. Ya que te lanzas, lo haré yo también. Me gustas tal y como estás —dijo de prisa Nino.

Pero ella no hizo caso, incluso aquello le dolió. Todavía quedaba más que contar. Por fin le habló de su máximo sufrimiento.

—Mi vida será corta, muy corta. No quiero hacer daño a nadie.

Una ráfaga de viento a media altura cruzó entre las ramas. Las hojas finas y puntiagudas se movieron para romper el silencio. Castañeaban como los dientes de un animal helado por el frío. Alejandra escondió la cara entre sus manos. Nino se las apartó con suavidad. Estaba nervioso. Se notaba en su tacto. Besó la cara de la chica y sorbió sin querer el agua salina que recorría sus mejillas. Después, elevó la voz por encima del aire, por encima de todos los habitantes de aquel precioso y solitario lugar. Se había lanzado a un pozo profundo, pero en lo más hondo estaba ella y su pelo dorado.

—Te mereces un regalo. Te entrego todo esto que ves, hasta donde alcanza tu mirada. Este bosque es desde ahora para ti sola.

Cogió un pequeño palo del suelo y con un movimiento solemne lo depositó en la suave mano de Alejandra.

—Te doy las llaves del pinar.

Ella sonrió. Después cogió a Nino por la muñeca y lo acercó a sus labios. Le devolvió el beso. Él la abrazó mientras susurraba en su oído.

—No me importa, princesa del bosque de pinos. No me importa. Un solo minuto contigo vale por toda una vida de ochenta años.

Alejandra lloraba ahora de alegría. Aquel momento era el más intenso de su vida y merecía la pena disfrutarlo.

Los dos jóvenes aún pasearon un rato más. Alejandra deseaba ver sus nuevas posesiones. El olor del mar lejano llegaba hasta allí y lo inundaba todo, mezclado con el aroma de los pinos. Cuando el sol se acercaba a la cima de un monte cercano, decidieron irse.

De nuevo, Nino la cogió entre sus brazos. Aprovechó para besarla otra vez. Esta vez sus labios se rozaron en el aire, justo cuando la iba a depositar en el asiento. Aquello era el mismo cielo bajado a la tierra. Las sensaciones que se agolpaban en el pecho de Alejandra valían por toda una vida. Había merecido la pena soportar el accidente, la enfermedad, las relaciones llenas de abismos con su padre. El mundo se había detenido, había dejado de girar. Por desgracia, solo para ella y ahora debían regresar.

El joven introdujo las llaves y giró el contacto. Un sonido ronco pareció romper la intimidad del bosque. Hasta los pájaros cercanos quedaron en silencio. Nino mostró un gesto disgustado. Volvió a intentarlo. Esta vez fue una ráfaga de «*clic-clic*» los que saltaron del motor. Una y otra vez, la furgoneta anunciaba su cansancio. Se bajó y miró al suelo. Debajo, había un pequeño charco de aceite negro que auguraba graves problemas.

¿Por qué tras una gran alegría venía una enorme tragedia?, pensó Alejandra mientras sacaba el móvil de su mochila.

—¡Esto es el colmo! —gritó algo fastidiada—. No hay cobertura para pedir ayuda.

—Pues yo no he traído el mío. Casi nunca lo cojo —el joven hablaba despacio—. De todas formas, no te preocupes. Enseguida solucionamos esto.

Nino intentó mostrarse tranquilo, pero sus nervios le estaban agarrotando. Cada solución que pensaba, tenía que descartarla. Ni se le pasaba por la imaginación lanzar el coche cuesta abajo a ver si arrancaba. ¿Qué haría mientras Alejandra? ¿La dejaría dentro o fuera? ¡Dios! Tenía que ocurrírsele algo. Se agachó de nuevo para observar los bajos de la furgoneta. Así se mantuvo un rato, el interior de su cabeza giraba en busca de una salida.

Mientras, el brazo izquierdo de Alejandra se entumeció como aquel día en su casa. Sentía que de su hombro colgaba una rama de alcornoque rodeada de corcho en lugar de piel. Le dolía. El lío en el que se habían metido aumentaba. Temió por su salud.

—¡Sácame de aquí, Nino! Por favor —su voz se notaba desesperada.

El joven se irguió mostrando una forzada sonrisa. Sin embargo, era más para animarla que otra cosa, pues no tenía aún ni idea de qué hacer.

—Vámonos —le impelió de nuevo Alejandra tocándose el brazo de forma insistente.

Nino sacó la silla del maletero y la puso en ella. Se irían andando. Con lo que no contaba era el mal estado de la pista que les había llevado hasta allí. A la primera piedra, Alejandra estuvo a punto de salir despedida. Las pequeñas ruedas de adelante giraban como en un tiiovivo enloquecido. La joven se agarró con su mano derecha, el brazo izquierdo seguía inmovilizado. Tuvo miedo de caerse, ya le había sucedido en otras ocasiones y alguna señal de su cara lo atestiguaba todavía.

—Tendrás que levantarme desde atrás para que las ruedas delanteras queden en el aire. Si no, es imposible —aconsejó con timidez Alejandra.

Comenzó a sentirse muy mal. Estaba mareada y casi vomita cuando el joven obedeció su orden. Él pronto se cansaría, había que empujar y guardar el equilibrio a la vez, lo cual exigía mucha fuerza.

—A ver si llegamos a un punto con cobertura —dijo Alejandra mientras miraba una y otra vez su móvil.

El sol comenzaba a esconderse muy despacio, pero sin remedio. El cielo se volvería naranja poco a poco y después negro. Los pinos parecían ya enormes sombras al acecho de la noche, volcando sus ramas sobre aquellos dos jóvenes aturridos.

Nino jadeaba todo el tiempo, menos mal que estaba en forma gracias a la bicicleta. El esfuerzo era enorme. Sentía que los músculos de su cuello se estiraban como una goma a punto de romper su elasticidad. Las venas de los brazos estaban marcadas, igual que si las hubieran subrayado con un rotulador morado. Cada vez necesitaba detenerse más veces y en períodos mayores de tiempo para buscar el aliento perdido.

Pasó media hora hasta que llegaron a la zona de eucaliptos. Allí, por fin, el móvil de Alejandra tenía cobertura, justo cuando se veían las primeras estrellas. El joven se sentó en el suelo con un gesto de victoria estrangulado por el cansancio. Le dolía la cabeza. Ella llamó a sus padres. Sabía que el problema acababa de comenzar. Tras una breve explicación, ensayada durante el descenso, solo se atrevió a contestar con monosílabos a su madre. Al final, le pasó el teléfono a Nino. Debía indicar dónde se encontraban. La garganta del joven estaba anudada como el tronco de un viejo árbol. Encima, le esperaba al otro lado Alberto.

Como temía, las explicaciones no valieron para mucho. Se encontró con lo que menos deseaba. Debía llamar a su propio padre. Seguro que, en breve, ella descubriría el secreto que aún no le había contado.

—Tendrá usted que llamar a mi padre y decirle dónde estamos —con voz trémula, Nino le dio el número de teléfono.

Los tres vendrían en el mismo coche a por ellos. Ya no tenía sentido caminar más. Nino tenía sus brazos agarrotados por el esfuerzo. Le temblaban. Alejandra continuaba

con sus dolores. El joven se sentó junto al camino con las manos cubriendo su rostro. Se habían metido en un buen lío.

—No te preocupes, no pasa nada. Enseguida saldremos de aquí —dijo ella.

Nino no contestó. Lo peor ahora era el frío. Una vez que la noche se apoderaba del paisaje gallego, la temperatura descendía unos grados, lo suficiente para echar de menos un buen jersey e incluso un impermeable que protegiera de la humedad.

Alejandra mandó un mensaje con el móvil a Paula. Enseguida obtuvo respuesta. «*Os habéis pasado. Tu padre te mata después de llevarte de cabeza a Madrid*». Aquello la preocupó más. Acercó como pudo su silla a Nino. Le acarició el pelo. Este hizo un esfuerzo y sonrió. En su mente solo había un pensamiento: tenía que contarle a su amiga lo que había pasado un mes antes, sin falta. Si no, lo descubriría por su padre, no podía evitar hablar de ello. Seguramente que sería la conversación del coche cuando fueran a rescatarlos.

Unas luces iluminaron desde lejos la oscura carretera. A esas horas, todas las «*meigas*» de Galicia parecían haberse ido al bosque de eucaliptos que los rodeaba. Estos sí que parecían hostiles. Alejandra, sin embargo, temía más a su padre que al viento que movía las finas hojas secas de aquellos árboles extranjeros y al coro anodino que formaban. Ya no notaba el entumecimiento de su brazo izquierdo, pues todo su cuerpo estaba así. Nino se había ido junto a ella y la abrazaba para que mantuviera su temperatura. Allí, mirando a la profundidad del bosque, el joven se dispuso a contarle su secreto. Ni siquiera vieron las luces que se detenían cerca de ellos.

—Hace un mes...

Tras unos segundos de silencio, se oyó la voz de Alberto, que era una especie de chillido.

—¡Alejandra!

Todos los animales del bosque se despertaron. Había llegado el coche de rescate y con él también Yago, el padre de Nino. Este no necesitó palabras. Con un solo gesto, su hijo se acomodaba en el vehículo y dejaba hacer. Alejandra enseguida estaba sentada atrás, junto a él.

El regreso fue silencioso. Solo el débil ruido del motor y las monótonas indicaciones de Yago rompían la aspereza de la situación. Al llegar al destino, un lacónico «*gracias*» y un apretón débil de manos entre los dos hombres sirvieron de despedida para la joven pareja. Ni siquiera Nino pudo ver el rostro de Alejandra a través de los cristales tintados. Si por lo menos hubieran quedado para otro momento...

Después, comenzó la lluvia torrencial en el interior del vehículo.

—Pasado mañana nos vamos, que lo sepas. Lo que has hecho es una estupidez. En tu estado. Tal y como vas... En medio de un bosque, de noche, con un desconocido. ¿A quién se le ocurre? Esto pasa por darte tantos caprichos. Lo tienes todo y siempre parece que te quejas. Es increíble. Después de lo que hacemos tu madre y yo por ti... —las palabras de Alberto se atropellaban unas a otras, como el agua de una cascada que no deja de saltar.

Ella miraba por la ventanilla cerrada e intentaba recordar cuándo había sido la última vez que su padre le había hablado tanto. Quizá antes del accidente. Después, sus oídos se

acostumbraron al tono nocturno de reproche y bronca para dejar que su mente pudiera pensar y escapar a otros lugares mientras tanto. Se había quedado sin saber el secreto de Nino. Tendría que esperar. Pero hasta cuándo. ¿Le volvería a ver? Lo necesitaba. Por primera vez se había sentido viva de verdad, olvidando la silla que le ataba las alas. He volado, se dijo.

—A ver, ayúdame para que te baje. Siempre en tu mundo. No te importan los demás. A tu madre casi le da algo. Mira, te está esperando. En cuanto a Paula, me ha decepcionado. Yo que creía que iba a cuidar de ti y te tapa para que hagas tu santa voluntad.

Su padre la cogió en brazos. Estaba realmente enfadado. Tenía los puños apretados y se le marcaban los tendones blanquísimos de las manos. Estaba a punto de cruzar la raya hacia las palabras que duelen y solo necesitaba un pequeño empuje. Los rostros estaban cercanos, pero el corazón, a kilómetros de distancia. No se miraban.

—No la regañes tanto. Ha sido una tontería de críos y ya está —Esperanza llegó con un abrigo para cubrir los hombros de su hija.

—Una tontería. Estaba con un chico. ¿Crees que no le hará daño al pobre muchacho? Ella sabe que lo que inicie con él no puede durar ni un solo día —esas palabras salieron de la boca de Alberto con mucho resentimiento.

Y dolieron más que alfileres lanzados contra cualquier rostro. Dieron en el centro del alma de Alejandra. Todos pensaban que no tenía derecho a vivir al cien por cien. Además de ser escasa su existencia, tenía que pasarla, sin más. Como si fuera menos persona y no tuviera los mismos derechos. Alejada de todo el mundo, para no hacerle daño a nadie con su pérdida. Ella por fin lo vio claro. Era el sentimiento que afloraba en la mente de los débiles. Aquellos que no soportaban el dolor. Los que tenían lástima de sí mismos, no de ella. Por eso había personas que huían de su silla de ruedas, de lo diferente. La joven miró a su padre. Hubo silencio, pero este suministró mayor información que un discurso elaborado durante días.

Alberto dejó a su hija en los brazos de Esperanza y salió deprisa en dirección a ninguna parte. Eran las doce de la noche.

—¡Alberto! —gritó su mujer.

Le vieron irse con los hombros hacia abajo. Iba caminando despacio, abatido, al lado de una huerta oscurecida por las ramas espesas de unos kiwis. Hacía frío y el hombre derrotado tembló. Desapareció entre las sombras de dos farolas.

* * *

El blog de Alejandra

He decidido que mi vida vaya sobre ruedas, no en una silla de ruedas. Porque haré lo que cualquier joven de mi edad, siempre que mi cuerpo me deje. Mi alma lo necesita y nadie, repito, nadie, puede negarme la libertad de mi espíritu. Ni mis padres. No me pueden robar mis deseos, mis pensamientos, mis esperanzas. ¿Acaso soy menos persona que los demás? ¿Valen más dos piernas fuertes y vigorosas que una cabeza

llena de ilusiones? Ni aunque perdiera mis brazos me podrían detener. Mi mente seguiría soñando hasta el infinito y más allá. Solo son trabas las que uno mismo se impone. Son cadenas las que uno se enrolla. Barrotes las limitaciones que pone una mente estrecha. Yo rompo todos los cerrojos hoy.

Por eso me propongo ver a Nino. Voy a encontrarle. Tengo su correo del blog. Espero que él no huya de mí. Yo haré todo lo que esté en mis manos.

La vida que me rodea esta noche es triste. Mi madre llora en la habitación. Mi padre aún no ha regresado y mi amiga Paula prefiere mantenerse en silencio. Sin embargo, me siento más fuerte que nunca. Ya sabéis, he decidido vivir y el dolor forma parte de todo, pero solo es dolor. No me vencerá.

Espero que, después de esta noche oscura, el sol pueda salir de nuevo, pues la tarde ha sido maravillosa.

Yo quiero que salga el sol.

* * *

Tras escribir la entrada, Alejandra abrió el blog de Nino. Quería dejarle un mensaje. Había un cuento que su nuevo amigo había colgado el día anterior. Quizá pudiera encontrar en él alguna esperanza o alguna pista de su estado de ánimo.

* * *

El blog de Nino. Mis pequeños relatos

El corredor de fondo

Durante veinte años, desde que tengo uso de razón, vi a este corredor de fondo casi todos los días. Ya debería de tener bastante edad la primera vez que apareció detrás de una esquina, pues su imagen se grabó en mi retina. Estaba doblado por el espinazo y los años, tenía el pelo canoso y enmarañado, la piel morena por las inclemencias del tiempo, los ojos claros observadores de las baldosas del suelo que adelantaba. Un paso tras otro, a velocidad escasa y rítmica. Siempre llevaba pantalón corto y una mochila medio vacía en la espalda.

Cambié de casa, un poco más lejos, y ya no le veía. Quizá habría muerto en la calle, seguro. A ritmo cansino y disminuyendo la velocidad, figuré su cuerpo cayendo lentamente, como apoyándose en el pavimento que bien conocía. Primero una mano y luego la otra, la mochila le vencía y su estómago se convulsionaba respirando rápidamente.

De repente, hoy lo he vuelto a ver desde mi coche.

Me encontré un cuerpo seco que andaba, ya no podía correr, concentrado en cada pasito. La misma mochila y misma camisa espumosa de sudor, desteñida de blanco. Pero ahora miró al suelo por última vez, pues después, levantó la cabeza hacia el cielo con un movimiento impreciso y forzado. Su nuca se vio frenada por el bulto trasero. Apoyó las rodillas a la vez en la acera fría de este duro invierno. Exhaló por su boca un vaho tímido. Su tronco se venció hacia un lado. Yo dejé el coche en medio de la calle. Al instante ya estaba allí, esperando poner freno a su carrera hacia la muerte. Lo cogí por la espalda para ayudarlo a respirar. Me miró o, más bien, me intuyó.

Expresó sus últimas palabras:

Durante años he corrido delante de la muerte, huyendo de ella, creo que por fin me ha adelantado.

Sus ojos se cerraron para siempre. En la mochila había diez libros ya bastante estropeados por el tiempo. Sin que nadie me viera, cogí la mochila y continué su carrera.

2 comentarios:

Anónimo

Un poco triste para un día de verano y sol, como el de hoy.

Anónimo

Soy Alejandra. Me gustaría que corrieras la carrera también en mi lugar. Por eso necesito verte antes de mi regreso a Madrid. Me imagino que mañana iré a la playa. Si no, al día siguiente. Por favor, búscame. Tenemos que hablar de tantas cosas...

A la mañana siguiente, Alejandra despertó con un único pensamiento en la cabeza. Se había arrepentido del mensaje que había mandado al blog de Nino. Quizá debería no haber escrito nada, pues sus palabras parecían huecas. Muy poco a poco, mientras debatía en su interior, desde la cama pasó a la silla de ruedas. Después, levantó la persiana en un intento de limpiar su mente. El ruido acabó de despertarla. Frotó sus manos contra los ojos. En ese momento, alguien llamó a la puerta de su habitación. Justo lo que no deseaba. A pesar de la resolución que tomó por la noche, no quería ver a nadie.

—¿Puedo pasar?

Era una voz masculina. Su padre.

—Sí —dijo sin pensar mientras se estiraba el camisón de forma mecánica.

Alberto entró en la habitación con la cabeza agachada. Cualquiera hubiera pensado que tenía diez años más. Aún conservaba la ropa del día anterior y las ojeras dejaban claro que no había dormido nada. Durante dos o tres horas, había estado en el salón, esperando el mínimo ruido de su hija. Avanzó y se sentó en la cama deshecha. Sonaron los muelles del somier.

—Siento mucho lo que te dije anoche. En realidad, no lo pensaba.

A ella, aquellas palabras le sonaron vacías, como si se hubieran deslizado por un gran tubo alargado e infinito. Los dos sabían que sí había expresado sus verdaderos pensamientos, pero Alejandra necesitaba más y por eso permaneció en silencio.

—De verdad, lo siento. Te he hecho daño y no debí hablar así.

—Vale, ¿no tienes nada más que decirme? —parecía que se había subido a una gran torre y que desde allí avasallaba a su padre.

Alberto cerró con fuerza los puños. Si quería el perdón que solicitaba, debía soltar la gran bola de sufrimiento que lo atormentaba desde hacía años. La escupió deprisa, como quien no quiere ser entendido, igual que un médico que da un terrible diagnóstico.

—Yo no tuve la culpa de tu accidente. No. Tenías que ir de mi mano, pero no fue así. Ibas sola. Yo estaba cansado de los lloros. Mi cabeza no lo resistía más. Mi paciencia se había acabado. Si hubiese sido en otro momento, si no hubieras gritado, si...

Comenzó a respirar con ansiedad. Se puso en pie y dio un puñetazo contra la puerta de un armario empotrado. Los nudillos se mancharon de inmediato de sangre y la

madera se astilló mostrando un color más claro.

—No soporto tu dolor, tu estado. Podrías ser como las demás. Vivir feliz, correr. Salir con ese joven... Pero estás ahí, siempre sentada. ¡Maldita sea!

Con un gesto rudo observó la mano herida. No sentía el dolor. Sus ojos miraban, pero su mente ni siquiera registraba las imágenes llenas de rojo. Fue agachándose hasta quedar en cuclillas, apoyado contra la fría pared, acariciándose la barba de un día.

—Tú quieres una hija perfecta, pero soy como soy. Si te duele a ti, más debería molestarme a mí —el tono de voz de Alejandra estaba cargado de emoción, directo como el vuelo de un colibrí.

La joven movió su silla y se acercó a su padre. Le abrazó con la fuerza de su brazo derecho, el izquierdo apenas lo pudo levantar. Habló entre susurros.

—No fue culpa tuya. Ni el accidente ni nada. Mi enfermedad me hubiera llevado al mismo resultado. Por favor, aprovechemos el tiempo. Sé fuerte. Eres un padre, no un niño.

Alberto dio un beso a su hija. Se había librado de un peso descomunal y salía a flote como un petrolero recién descargado. Se sentía liviano y mejor que nunca, a pesar del dolor de cabeza que se le agarraba a un ojo.

—Te perdonaré, pero a cambio vamos a quedarnos aquí unos días más —dijo por fin Alejandra.

Su padre asintió con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Te quiero, hija —costó mucho, pero lo dijo.

Después, se fue de la habitación. Debía asearse y arreglarse un poco. Tenía una pinta desastrosa. Aún andaba cabizbajo. El dolor interior tardaría en abandonarle. Su herida abierta aún supuraba.

Mientras, Alejandra se acercó de nuevo a la ventana. Sentía alegría por la nueva situación. Deseaba que la relación con su padre volviera a ser como antes y estaba ante un buen inicio. Sonrió frente a los rayos de sol. Tras la noche aciaga, había vuelto a salir el gran astro amarillo que todo lo calentaba, hasta el dolor. Ahora solo faltaba ver otra vez a Nino. Consultó en su móvil el blog del joven escritor. Aunque era muy temprano, tenía la esperanza de que su amigo contestara al mensaje nocturno. Nada, no había respuesta al comentario. No se quedó muy desanimada, pues todavía quedaba tiempo.

Se vistió y salió en busca del desayuno. A lo lejos, sonaba el ruido de trastos en la cocina, así como la conversación sosegada de sus padres. Cuando fue hasta allí, los encontró abrazándose como dos novios muy jóvenes.

Aquella mañana fue, sin discusión, la más agri dulce de Bueu. Por un lado, Alejandra disfrutó con su familia, aunque Paula estaba más bien desplazada y eso no le gustaba. Tampoco que no apareciera Nino. La joven se pasó todo el tiempo de playa con un ojo en la carretera. Seguro que no pasó por allí con la bicicleta. Ni siquiera se había dado su baño matinal para no perderse un segundo. Pero nada de nada. Cogió su móvil y navegó por Internet. Tampoco había contestación para su mensaje.

Aprovechó para colgar una entrada. Lo hizo muy despacio, pues cada segundo oteaba hacia las pequeñas colinas que tapaban un poco la carretera. Además, el móvil resultaba muy incómodo para escribir reflexiones serias.

* * *

El blog de Alejandra

Estoy en la playa, pero él no aparece. Si no hay novedad, esta tarde habrá que iniciar el plan B. Para eso tendré que contar con Paula, aunque creo que no estará dispuesta. Aún no hemos hablado de lo que sucedió ayer. Necesito verle y ella lo comprenderá, hasta el mar lo entiende. Hoy, sus olas golpean con más furia que nunca. El sol se ha vuelto a esconder y a estas horas del mediodía parece casi de noche. La naturaleza fotografía mi alma.

Por favor, necesito verle.

0 comentarios.

* * *

Por la tarde, Alejandra decidió ir en busca de Paula, guiándose por aquel pasillo alargado. Llamó a la puerta y entró tras oír la voz de su amiga. Tuvo que girar para abrir el picaporte y enderezarse después. Lo que encontró no fue muy halagüeño. Un par de maletas cerradas sobre la cama y una cara algo desarreglada.

—¿Y ese equipaje? —le preguntó de forma directa.

—Anoche dijo tu padre que nos íbamos mañana sin falta. Fue una situación bastante desagradable la que soporté hasta que llamaste. Tuve que oír de todo y al final tú has salido ganando. Como siempre, claro.

—No tanto... Aún tengo que ver a Nino otra vez.

Paula se acercó a ella hasta casi rozar la silla. Se notaba su tensión, sus nervios. Estaba como una locomotora de vapor a toda máquina y con el freno echado. Sus labios apretados sujetaban el humo de las calderas. Por fin, dejó escapar sus palabras.

—Pues te buscas la vida, hermosa. Conmigo no cuentes ni lo más mínimo. A ver si te crees que me la voy a llevar yo otra vez. Tienes una cabeza dura como las piedras del acantilado.

Alejandra aguantó el chaparrón. La conocía y después de los gritos vendría la reflexión. La rodeó con la silla y se acercó a la ventana. El cielo había soltado toda su furia y llovía con fuerza. Los cristales se llenaban de lágrimas que corrían hacia el alféizar. Allí se amontonaba el agua antes de saltar al vacío.

—No puedo ayudarte. Estoy cansada de estar aquí —dijo con más calma Paula—. Venía con la esperanza de encontrarte, de pasarlo fenomenal y esto no va muy bien que digamos.

Alejandra se dio la vuelta y se acercó a su amiga. El golpeteo de la lluvia seguía sonando contra el cristal. Le tocó el brazo para tranquilizarla más y habló con voz suave.

—Hombre, yo he recuperado a mi padre, eso creo. Si te sirve de algo, siento mucho lo de ayer.

—Sí, pero quieres más. ¿No sabes que lo vuestro es imposible?

—Me gustaría despedirme, nada más —mintió Alejandra.

De nuevo, el silencio. Las dos sabían quién había convencido a quién. Paula comenzó a deshacer las maletas muy despacio. En uno de los viajes al armario, le hizo un gesto con las cejas que solo podía indicar un mensaje. Alejandra comenzó a explicar su plan B.

—Tenemos que ir al pueblo y preguntar con cierta discreción hasta averiguar dónde vive Nino. También podríamos ir de taller en taller hasta encontrar la furgoneta. Seguro que ya la han bajado del bosque y está allí para que la reparen.

—Eso, si ha hecho falta. Además, ¿cuántos mecánicos puede haber aquí?

La joven interpelada sacó el móvil y consultó rápidamente en internet. Diecisiete talleres. Después, antes de comentarlo, echó un vistazo al blog de Nino. Su corazón estaba apretado durante la espera, como si fuera plastilina. No había respuesta. Volvió hacia atrás y enseñó la pantalla con los resultados a su amiga.

—Bueno, no está mal. El problema es la lluvia. No creo que podamos salir hoy —dijo Paula mientras observaba por la ventana.

—A ver si para un poco.

Pero no lo hizo. La tarde terminó pasando, aunque el ritmo cansino la alargó hasta la desesperación, bajo aquella lluvia persistente. Alejandra entró hasta diez veces en la página de su amigo desaparecido sin leer otra cosa que su propio comentario. A veces se arrepentía haberlo mandado. Si pudiera borrarlo... Allí, encerrada en casa, sentía lo

mismo que una apisonadora sin gasoil, inmóvil del todo. De nada servía su fuerza, su rabia y sus deseos imperiosos de vivir y sobreponerse.

* * *

El blog de Alejandra

Nada, nada, nada.

Mi impotencia cae como las gotas de lluvia, sin esperar que algún día se detengan. Como si siempre lloviera en Galicia y en mi interior. Al menos, después, cuando sale el sol, todo es verde. Esa es mi confianza antes de apagar la luz y sumirme en mis peores sueños.

0 comentarios.

* * *

A cierta distancia de allí, unos ojos claros veían la entrada. Nino había llegado hasta esa página por casualidad, buscando entradas que contuvieran la dirección de su blog. No por vanidad, sino por pura desidia. Su mente estaba más revuelta que su pelo negro.

Leyó la pequeña historia de su relación muy despacio, aunque en su cabeza aún retumbaban las palabras que su padre le había dirigido la noche en que se rompió la furgoneta.

—¿Quieres volver a sufrir otra vez?... Aléjate de esa chica de la silla de ruedas. No lo dudes.

Su voz era ronca, como la de un marinero experto en vientos y tormentas. También en dolores.

¿Debía hacerle caso?

Alejandra se durmió con el móvil en la mano. Nada más despertarse, consultó de nuevo el blog de los pequeños relatos. Nino estaba mudo, en silencio, lejos. Después, se incorporó de la cama para girarse y caer en la silla. Cada mañana le costaba más mover su brazo izquierdo, pero al menos había conseguido disimularlo. Nadie se había dado cuenta. Desenchufó la enorme batería de su pequeño vehículo de ruedas, que se había cargado por la noche, y se acercó a la ventana. Tras levantar la persiana, una media sonrisa iluminó su rostro. Había niebla, nada de lluvia. Quizá podrían iniciar la búsqueda deseada. Fue enseguida a la habitación de Paula. Era temprano, pero nada podía detenerla.

Alberto y Esperanza tardaron en dar una respuesta afirmativa, aunque les convenció sobre todo el hecho de que las dos jóvenes habían estado encerradas la tarde anterior. Tenían permiso para dar un paseo matutino y visitar la lonja y el puerto. A esas horas, la zona estaba bastante animada con la venta del pescado.

Por supuesto, pasaron por allí deprisa en busca de su tercer objetivo. Parecían un par de trastornadas que miraban todos los coches de la calle y que se metían hasta el fondo en los talleres mecánicos que visitaban. Llevaban ya cuatro y no habían conseguido nada. De momento estaban en el centro del pueblo, donde había panaderías y fruterías por todas partes. Estas llamaban la atención por lo bien que se colocaba la fruta, con una pinta apetitosa. En el aire había también un aroma a pan recién hecho.

—¿Crees que lo lograremos? —preguntó Alejandra tras cruzar una de las calles.

—Pues no lo sé.

Paula dirigió una mirada compasiva a su amiga. Ella ya sabía mucho de chicos y Alejandra se enfrentaba a su primera decepción. Si los conociera, no estaría allí, pasando frío, en mitad de aquella niebla espesa y heladora. Aquel chaval se había olvidado de ella, sin lugar a dudas. No tenía escrúpulos, simplemente había aprovechado su vulnerabilidad. Una rabia interna le calentó el rostro. Apretó los puños. ¡Aquél maldito Nino! ¿Cómo le había hecho eso a una pobre inválida? Movié la cabeza para alejar esos pensamientos. Mejor, andar y andar para librarse del resentimiento y el odio que la ahogaba.

Llegaron a otro taller que estaba cerca de la biblioteca municipal. Hacía esquina entre dos calles y enfrente se veía un pequeño parque. Fue fácil otear el interior. Solo tuvieron

que asomarse un poco. Ni rastro de la furgoneta. Los empleados de mono azul las miraban con extrañeza, como si un pulpo hubiera salido del mar para entrar en aquel lugar lleno de grasa y ruido.

—¡Mira, Paula! —gritó de repente Alejandra, justo al darse la vuelta.

Muy despacio, por la carretera, iba la furgoneta del padre de Nino. La reconoció enseguida por la pegatina de atrás, donde se leía «*Me encanta Bueu*». Pudo ver al joven en el asiento del copiloto, con el brazo apoyado en la ventanilla y la mano sobre su cara. Tenía un aire serio y melancólico. El vehículo subía una larga cuesta que arrancaba junto al taller mecánico. Las dos chicas se pusieron enseguida en marcha. Alejandra apretó el mando de su silla hasta el fondo. Aun así, su velocidad no conseguía ni mucho menos su objetivo.

—Sigue tú, Paula. Por favor, intenta alcanzarle —suplicó Alejandra.

Al principio su amiga corrió poco convencida. Después, lo hizo con ganas, como para soltar su rabia y la vergüenza que sentía. Le diría cuatro cosas a ese estúpido. Pasó al lado de una fuente donde una señora con bata negra se quedó mirándola. Estaba llenando unas cuantas garrafas con agua. Detrás de una enorme pared que surgía a esa altura para salvar un gran desnivel, se veía una iglesia en una pequeña plazuela. La joven siguió subiendo e hizo la curva que llevaba a la explanada. Allí estaba aparcada la furgoneta blanca. Ya no había nadie dentro.

Paula se asomó por la puerta de la iglesia. Aún estaba jadeando a causa de la larga carrera. Tampoco había señales de Nino. Se quedó allí quieta un rato, hasta que oyó voces por detrás del edificio. Había un cementerio. Se dirigió hacia allí muy despacio y volvió a mirar. Esta vez, con más disimulo. No deseaba que la vieran. Estaba apoyada en la tapia con su cuerpo en diagonal, para que solo su cabeza asomara por el quicio de la enorme puerta.

Padre e hijo charlaban junto a una tumba mientras limpiaban algunas hojas que había sobre la blanca lápida. Enseguida que acabaron, se dirigieron hacia donde estaba la joven. Al principio no sabía qué hacer, pero después decidió permanecer en el anonimato. Era mucha casualidad que se encontraran allí, en un cementerio, y debería explicar que los había seguido. Le daba una vergüenza terrible. Su odio y su rabia se habían recluido en lo más profundo de su alma. Se escondió detrás de un pequeño árbol que había junto a la pared de la iglesia. Aún podría ver el coche de Nino.

—Como vean ahora a Alejandra —se dijo en voz baja.

Yago y Nino se dirigieron a la furgoneta y se montaron en ella. El padre tardó un poco en arrancar. Paula estaba sudando y mirando al cielo oscuro de Bueu.

—Por favor, que se vayan, que se vayan —repetía una y otra vez como si fuera la forma de que se cumpliera su deseo.

El vehículo giró hacia la derecha, en sentido contrario al que habían llegado hasta allí. Aquello alivió a Paula. Se marchaban y no se produciría el fatal encuentro.

—¡Bien! —gritó expulsando todos sus nervios contenidos.

Después, corrió hacia la iglesia. Tras unos segundos, apareció la silla de ruedas. La cara de Alejandra estaba roja por el esfuerzo y se notaba desde lejos el enfado que traía.

—Se han ido y no los has detenido. ¡Esto no te lo perdono!

—No he podido. Han entrado en el cementerio –contestó atropelladamente Paula–. Estaban junto a una tumba. No creo que fuera un buen momento.

—¿En dónde estaban? –preguntó muy seria Alejandra.

Las dos jóvenes iniciaron en silencio el camino hacia el cementerio. En un minuto se colocaron frente a la única lápida que tenía flores frescas. Alejandra leyó el nombre en voz alta.

—Aquí yace Carmen Quintela Cristín. Su marido Yago y su hijo Nino no la olvidan –sintió ganas de llorar.

—Mira, ha muerto hace muy poco –añadió Paula mientras señalaba la fecha.

Por la mente de Alejandra pasaron claramente dos pensamientos que la derrumbaron. Ahí, en el suelo, estaba el secreto de Nino. Por eso no quería enfrentarse de nuevo con algo igual. La joven agachó la cabeza y giró la silla para abandonar aquel lugar tan triste.

—Déjale, no le hagas sufrir más –dijo en voz baja Paula–. Ahora todo es mucho más fácil. Estáis a tiempo.

Cuando llegaron a casa, Alberto las recibió con una enorme sonrisa en la boca. Hacía tiempo que no se le veía así. Parecía que iba a bailar en cualquier momento. Ni siquiera notó el rostro entristecido de su hija. La agarró de las manos y tiró de ella para que la silla fuera más deprisa.

—Tu madre tiene para ti una gran sorpresa. Corre a la cocina.

Allí estaba Esperanza, con un mandil y una alegría que hubiera contagiado a cualquiera menos a Alejandra.

—Pasa, corre.

Ella sí notó la tristeza que desprendía el cuerpo encogido de su hija. Sin embargo, pasó a dar la buena noticia. Seguro que aquello solucionaba cualquier problema que tuviera, por muy grave que fuera.

—El doctor Martínez ha llamado a papá. Hay un tratamiento nuevo para tu enfermedad. Es posible que alargue tu vida; aunque, como es experimental, no nos puede asegurar mucho más —incluso sus palabras reían.

Alejandra intentó sonreír, pero no tenía fuerzas ni ganas. Disimuló como pudo. No le importaba. Le daba igual. Su corazón se había abierto como una granada madura y ya no volvería a cerrarse.

—Lo único, aunque no es un gran problema, es que nos tenemos que ir mañana de Bueu. Cuanto antes empecemos, más posibilidades de éxito habrá.

Aquello remató su estado emocional. Mientras estuviera allí, había alguna esperanza de que Nino se acercara a ella. Las buenas noticias siempre vienen con grandes desastres de la mano, no había duda. La joven volvió a enseñar los dientes en una especie de mueca de júbilo.

—¡Qué bien, mamá! —exclamó sin fuerzas.

En ese momento, Paula entró llena de euforia. Alberto le había contado todo. Le dio un beso en la mejilla a su amiga.

—Es una lástima que lo de tus piernas a causa del accidente ya no tenga remedio, pero habrá que confiar en el nuevo tratamiento. Al menos hay una puerta abierta — Alberto parecía pensar en voz alta—. Abramos una botella de Ribeiro.

La comida estuvo animada, aunque nadie se daba cuenta de la mala cara que tenía Alejandra. Ni siquiera Paula, que sabía todo lo sucedido. Aprovechó un segundo para decirle en voz baja lo que pensaba de Nino.

—Olvídate, ha sido solo un rollo, un amor de verano. Él ya no se acordará ni de tu nombre.

Aquello le dolió aún más a Alejandra, que la miró con unos ojos oscuros y sin fondo. Nadie podía entenderla. Menos mal que llegó el postre y la comida acababa. Después, se iría a descansar a su habitación.

—Por fin sola —dijo en voz alta tras cerrar la puerta.

Se acercó a la cama y se acostó, tirando de sus piernas. Allí, tumbada, sacó el móvil y entró por vigésima vez en el blog de Nino. No había una nueva entrada y menos aún alguna respuesta a su comentario. Abrió el suyo y accedió para escribir en él. Todo ello, aguantando las lágrimas al borde de sus ojos. No pensaba llorar.

* * *

El blog de Alejandra

Sé que sus sentimientos eran verdaderos. Mi alma lo notaba. Eso lo hace todo más difícil. Necesito salir, tomar aire.

¿Un baño de agua fría?

Adiós.

* * *

Alejandra se puso el traje de baño y escapó por el largo pasillo sin que nadie la viera. En su mochila llevaba una toalla. El frío mar de aquella tarde revuelta le devolvería a la vida. Estaba segura. Quizá conseguiría que el agua borrara de su mente la imagen de Nino y el bosque que le pertenecía.

—Un bosque para mí sola —dijo mientras se acercaba por la pasarela de madera hacia la playa.

Aquella tarde de agosto, la ría parecía enfurecida. La espuma lo llenaba casi todo, convirtiendo el azul en blanco. El viento levantaba el oleaje, no muy fuerte, pero constante. Las gaviotas volaban del cielo al mar en un gran día de festín. Sus gritos de alegría retumbaban en aquel lugar tan solitario por el temporal. La bandera roja de la playa, que ondeaba desbocada, alejaba a cualquier curioso de la orilla.

Alejandra se quitó el jersey y los pantalones. Tuvo frío nada más quedarse en traje de baño. Le dio un escalofrío que le hizo ponerse en guardia. Hasta ahora, su cuerpo se había abandonado a la tristeza. Saltó de la silla y se arrastró por la arena húmeda, igual que una sirena atrapada en tierra. Era la mejor forma de recuperar la vida. Se introdujo en el agua y le pareció caliente. Enseguida flotó, como si aquel fuera su verdadero hábitat. Siempre le había encantado esa sensación ya olvidada de controlar sus piernas. Nadó con todas sus fuerzas hacia el interior de la ría. A lo lejos estaba la boya amarilla, su incierto destino.

Pronto recuperó el ánimo. En su mente, luchaban a muerte dos ideas. Por un lado, el deseo de estar con Nino; por otro, la posibilidad de curarse, de vivir más tiempo. El precio de uno lo pagaba el otro. No podía tener ambas cosas. Si hubiera podido elegir... por suerte, no había posibilidad de hacerlo.

Aquellos pensamientos acabaron radicalmente. Su brazo izquierdo bajó de repente en dirección al fondo de la ría. No lo controlaba. Estaba tan muerto como sus piernas. Igual que si lo hubiera perdido. Alejandra intentó mantener la calma. Se puso boca arriba a la espera de que su hombro despertara. Se pellizcó en el antebrazo varias veces. Lo malo era el oleaje, ruidoso y atronador, que la arrollaba como a una muñeca de trapo en cada sacudida. Apenas podía dirigir su cuerpo y este se acercaba poco a poco hacia el acantilado, allí donde acababa la playa de forma abrupta.

La joven cogió con su mano derecha el brazo inútil y se mordió con rabia en la muñeca. Era su intento desesperado por recuperar el movimiento. No consiguió nada, solo saborear la maldita sal. A medida que se acercaba hacia las rocas cortadas en duras estrías por el agua, las olas se elevaban más para romperse con rabia contra ellas. Quiso gritar, pero su boca quedó inundada. Se agitó en busca de un milagro, necesitaba tener más fuerza que el mar. Su intento era en vano. Cada vez se hundía en más ocasiones su

cabeza y estaba a punto de perder definitivamente la batalla. Miró a lo alto del acantilado en busca de auxilio, pues apenas vislumbraba la playa.

Lo último que vio, fue una figura blanca que caía desde las rocas más bajas. Después, aquella sombra se perdió entre el oleaje mientras ella renunciaba a su lucha. Su pelo flotaba muerto, como algas secas y sin vida. La sirena volvía al fondo del mar, esta vez casi sin vida.

Nino se había lanzado al agua con energía. Aquello que se hundía sin remedio no podía ser otra persona que Alejandra. Había visto su silla de ruedas abandonada en la playa, cuando montaba en bicicleta por el camino que bordeaba el acantilado. Se había imaginado después de leer el blog que allí estaría ella, pero no en esas circunstancias. Tras arrojarle desde el acantilado, viajó a toda velocidad hacia lo más profundo de la ría, pues la caída tenía bastante altura. Nunca había hecho esa locura.

Tras unos momentos difíciles, pudo frenar con sus piernas y sus brazos antes de golpear con el fondo. Después buscó el aire que le faltaba. Salió al lado de un arrecife y su cabeza estaba a punto de abrirse contra la roca. Evitó el golpe con la mano y esta comenzó a sangrar. Se había hecho un corte profundo. La sal le escocía, pero inició el rescate. Había perdido de vista a su amiga y se dirigió sin pensar hacia el lugar donde desapareció. Al llegar al punto aproximado, se hundió en la oscura ría. Apenas podía ver nada. La arena se mezclaba con el agua y la escasa luz del día no ayudaba. Prácticamente, palpaba con sus brazos en busca del objeto preciado.

Por fin, vio una sombra, pero demasiado lejana. Ya no le quedaba aire y sus pulmones iban a reventar dentro de sus costillas. Tragó agua en un movimiento instintivo para respirar. Pero no podía salir y regresar. Era imposible que volviera a encontrar el cuerpo de Alejandra de nuevo. Se impulsó hacia el bulto. No llegaba. Le estallaba la cabeza. Debía elegir que uno de los dos viviera o morir con ella. Se dejó llevar hacia su perdición.

En ese momento, Alejandra movió su brazo derecho en un intento desesperado de salir a respirar por última vez. Así viviría dos o tres minutos más. Ascendió unos metros hacia la superficie lejana. El destino macabro la llevaba a morir antes de que sonara su hora por la maldita enfermedad. Había temido siempre ese momento y se le adelantaba el reloj de la muerte, ya de por sí anticipada. Por su mente pasó su árbol torcido y solitario, después, el bosque y, por último, Nino. Su imagen estaba delante de ella tan nítida como la luz del sol. Su rostro aparecía morado, pero era él. Sintió que la agarraba del brazo con fuerza. Un buen sueño para ser el último.

Se habían encontrado en medio. Subieron con las pocas fuerzas que les quedaban. Por fin, sintieron la espuma del mar mientras jadeaban y escupían agua. Respiraron con fuerza entre toses. Ahora debían salir de aquel infierno de olas.

Nino la agarró del cuello y se dirigió hacia el lugar más cercano. Seguía resoplando para recuperar el oxígeno que había perdido su sangre. Llegar a la playa resultaba imposible. Le dolía el cuerpo y notaba múltiples pinchazos en los músculos. Sorteó algunos escollos y se aproximó a una pequeña gruta que se abría en forma de boca

irregular en el acantilado. Allí había arena donde tumbarse a descansar y reavivar sus esperanzas de salir vivos.

Los dos jadeaban y tosían sin descanso, tumbados boca arriba en aquella pequeñísima playa. A veces torcían el cuello para expulsar el agua que habían tragado. Pasó un buen rato hasta que Nino pudo hablar.

—¿Por qué lo has hecho?

Alejandra esperó para dar una respuesta. Se sentía como una especie de trapo arrojado en la encimera húmeda de una cocina. Su brazo seguía dormido. Por fin, se rehízo.

—Solo deseaba nadar un poco. Despejarme. Te prometo que nada más. Quería verte y he tenido que hacer esto —la joven sonrió por su pequeña gracia.

Pero Nino no estaba para bromas. De repente, se puso lívido. Su piel cambió del tono morado del ahogamiento al blanco del terror. Había recordado que la marea subía a esas horas. Se incorporó y miró el oleaje. En muy poco tiempo, la arena protectora desaparecería. Estaban encerrados entre el agua y un muro que se elevaba impertérrito a sus espaldas.

Muy deprisa, sacó el móvil del bolsillo de sus pantalones. Como se imaginaba, estaba inutilizado por el agua. Seguro que Alejandra tampoco lo tenía. No sería tan tonta como para meterse con él en la ría. La miró y se asustó aún más. Su amiga tiritaba de frío.

—¡Debemos salir de aquí inmediatamente! —dijo con toda la calma que le permitía su angustia.

Alejandra quedó petrificada después de ver el muro negro de piedra. La cueva no era mucho más que una entrada del mar en el acantilado. Detrás, no había salida.

—¿No querrás que escale? —susurró la joven—. Sálvate tú, te lo suplico.

El joven abrazó con todas sus fuerzas a Alejandra. Después, se quitó la camisa blanca de ciclista que llevaba y la sujetó con los dientes. Comenzó a escalar por el lateral de la cueva, lo más cercano al amenazador mar. Iba descalzo, pues sus zapatillas de deporte quedaron arriba, desde donde había saltado. Su pie derecho resbaló y las afiladas aristas de las rocas rajaron su tobillo. Quedó colgado por unos instantes, hasta que volvió a apoyarse en uno de los bordes. Apretó aún más la mandíbula para aguantar el dolor. La sal penetraba en las heridas. Alejandra lo miraba como en un sueño. No sabía sus intenciones. Vio cómo llegaba hasta el punto más alto y alargaba su brazo. Enganchó la prenda en un saliente, como una bandera que avisaba de la posición que tenían. Comenzó a moverse con brío a causa del enérgico viento. Por último, se dejó caer de nuevo al agua. No tenía fuerzas para descender de otro modo. Esta vez le costó menos llegar de nuevo a la arena.

Esto avisará de dónde estamos. Habrá que rezar para que alguien vea tu silla de ruedas en la playa y después el trapo blanco.

Nino arrastró con cuidado a la joven y la llevó hasta el fondo de la cueva. Una vez allí, Alejandra echó su brazo derecho por encima del hombro de Nino. Estaba tiritando, con síntomas de hipotermia. Si alguien llegaba, debía ser pronto. El joven la acercó hacia su cuerpo. Le daría calor, además de intentar que no perdiera el conocimiento. Comenzó a hablar despacio, a contar con palabras suaves lo que ella ya sabía. La enfermedad de su madre, su muerte. Tenía necesidad de abrir su corazón, de contarle su secreto, de soltar lastre. Ella escuchaba y asentía. A través de su piel, notaba el dolor, el sufrimiento de aquel joven que se había colado en su vida en tan pocos días. Aquello la mantenía en alerta, no se dejaría vencer por el sueño que la llamaba y la animaba a abandonar para olvidarse de todo.

La marea siguió su ascenso y apenas quedaba sin cubrir el espacio de los dos cuerpos. El agua parecía devorarlos poco a poco, como un depredador paciente. Sabía que sus presas no podían escapar y se recreaba en su suerte.

Poco tiempo después, una lancha motora se abrió paso rompiendo las olas y bordeando el arrecife, junto al pequeño acantilado. Llevaba una sirena encendida y su color verde la hacía reconocible. La Guardia Civil había iniciado la búsqueda de una joven. A bordo, su padre iba con el rostro encogido. No deseaba mirar al mar, pues

podría encontrar en cualquier momento el cuerpo de su hija, flotando entre la espuma. Atrás habían quedado los momentos de felicidad, las esperanzas. La silla de ruedas y la ropa abandonada en la playa habían sido testigos de su sufrimiento. Después, allí mismo, Paula explotaba. Ya no podía más y le había contado la historia de Nino, mientras derramaba lágrimas por la amiga desaparecida. Le mostró la última entrada que había escrito Alejandra horas antes, con el «*adiós*» que la cerraba.

Todo había sucedido muy deprisa y ahora buscaban por la costa, sin saber muy bien el qué.

—¡Allí! —gritó uno de los policías.

El vigía, desde la parte de arriba, veía un trapo que colgaba encima de una cueva casi tapada por el mar. Alberto se puso las manos sobre los ojos a modo de visera. Había algo blanco, pero también podía ser una bolsa de plástico. El bañador de su hija no era de ese color.

La lancha giró hacia la derecha y se aproximó despacio hacia la señal. Al menos había alguna esperanza. Debía esquivar las rocas que aún asomaban, aunque la marea había subido mucho en muy poco tiempo. Cuando estuvo cerca del acantilado, se detuvo y vieron la camisa. Un submarinista se sumergió rápidamente y, tras unas cuantas brazadas, se introdujo en la cueva ya inundada. Solo una pequeña parte de la bóveda estaba sin cubrir. Al fondo de ella, Nino sujetaba con un brazo el cuerpo de Alejandra, que estaba inerte. Con la mano libre se aferraba a los salientes de la roca, en un esfuerzo por respirar el poco aire que quedaba. Por su brazo corría la sangre. Sus cabezas dobladas rozaban el techo.

—¡Aquí! —gritó el joven casi desfallecido. Había visto una luz.

El agua se introdujo de nuevo en su boca. Después, dejó que el submarinista cogiera el cuerpo de su amiga. Fue un gran alivio. Sus brazos dejaron de pesar como la losa de una tumba. Movié las manos y los dedos para recobrar la sensación de que aún existían. A continuación, se agarró a los tobillos de su salvador. Los metros que les separaban del interior de la cueva se hicieron eternos. Tenían que bucear. En la oscuridad del fondo, gracias a la luz de la linterna, vio a su amiga con la escafandra del oxígeno puesta. En su mente, se alojaba un único pensamiento: Alejandra debía estar bien. No podía ser de otra forma. Tembló al imaginar un final trágico. Estuvo a punto de soltarse del submarinista. Hay esperanza. Sí, seguro. Aguanta, se dijo a sí mismo. Por fin salió al exterior y respiró hasta llenar sus pulmones con el aire.

Enseguida llegaron hasta la lancha. Subieron a bordo a Nino por una escalerilla. Para Alejandra utilizaron una camilla que colgaba de una pequeña grúa. Enseguida, pusieron rumbo al puerto de Bueu a toda la velocidad posible. Allí los esperaba una ambulancia. Ellos estaban tumbados en la cubierta, uno al lado del otro. Alejandra seguía sin sentido. Los habían arropado con unas mantas térmicas de color dorado. Nino la miraba. Alberto permanecía a su lado y le hablaba constantemente. El joven alargó un poco la mano y cogió el brazo de su amiga. Quizá lo hiciera por última vez, pensó.

El movimiento no pasó inadvertido para el desesperado padre. Se dirigió de inmediato a Nino. Su rostro no anunciaba buenas intenciones.

—Lo sé todo. Me lo ha contado Paula. No debiste hacerle daño.

Alzaba uno de sus puños con gesto amenazador. Su rabia se contuvo al ver que aquel chico no podía defenderse. Al menos había soltado su dolor por la boca.

—¡No quiero volver a verte! —gritó Alberto con los ojos llorosos.

Se dio la vuelta de nuevo y regresó junto a su hija. Nino se dejó llevar ante aquel terrible alarido. Cerró los ojos. No lucharía más contra el frío. Le daba igual su destino. Miró al cielo negro. Aún seguía oscuro y cubierto por las nubes, aunque el agua de la ría parecía más tranquila. Pensó en su propio padre. Tampoco estaría muy contento. Tembló por el desánimo. Si al menos se librara de ir al hospital...

La lancha entró en el puerto rompiendo con fuerza la espuma aceitosa del agua medio embalsada. Alejandra estaba bastante mal. Los enfermeros que la atendieron en primer lugar comprobaron las constantes vitales. Apenas tenía pulso. El médico de la ambulancia informó a Alberto.

—La llevamos al hospital rápidamente. Espero que podamos mantenerla con vida. Monte con ella —le hizo un gesto para que acompañara a la camilla.

—Quería comentarle que, enseguida que sea posible, la llevaremos a Madrid.

El médico asintió. Por su mente, pasó fugazmente una sombra negra, la idea de que quizá aquella chica nunca saldría de Bueu. Su estado no auspiciaba nada bueno.

La mente de Alberto volvió instintivamente a aquel día que montó en otra ambulancia junto con su hija. Se llevó las manos a la cabeza y rezó. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Ahora que tenía esperanzas...

Sexta Parte

Pasada una semana, Alejandra fue trasladada a Madrid en un helicóptero. Su vida ya no corría peligro, pero su brazo izquierdo no recuperaba el movimiento. Era muy urgente que comenzara el nuevo tratamiento. Junto a ella iba su madre. Aún no se había recuperado totalmente del accidente. Creía que se encontraba preparada para el día en que su hija faltara, pero se dio cuenta de que nunca sería así. El ruido de las aspas del aparato volador le recordaba el golpe de mar en el rompeolas del puerto, cuando se había ido hasta allí a otear el horizonte en busca de la lancha de la Guardia Civil. En aquel momento notó que su vida era una espera continua y que en muy pocas ocasiones había disfrutado de cada momento, como si la sombra alargada de un ciprés lo cubriera todo y sus ramas crecieran demasiado deprisa cada día.

—Te quiero, hija —dijo de repente.

Alejandra sonrió, a pesar de sus escasos ánimos. No entendía nada. De qué servía vivir más tiempo, si su destino era la soledad absoluta. Nadie podría interesarse por una inválida.

—Yo también, mamá —respondió con disimulada fuerza.

Su padre se había ido en el coche junto con Paula el día anterior, para prepararlo todo en el hospital. La última conversación con él había vuelto al mismo punto sin retorno.

—Ese chico solo te ha traído problemas. Piensa en las dos veces que le he visto —decía siempre Alberto.

—En la última, me salvó. Fue culpa mía, una locura. Ya te lo he dicho. Yo no pretendía nada, solo bañarme.

Alejandra giró la cabeza hacia otro lado para romper con sus pensamientos, igual que si cambiara de página web en su ordenador. Por la ventanilla se veían las colinas que anunciaban el final de Galicia. Todo seguía verde, pero pronto mudarían los colores.

Necesitaba algo que anunciara un cambio para poder soportar el amarillo del verano fuera de Bueu. Aquellos tonos mortecinos y tristes. Aquel azul de las piscinas tan diferente al del mar, que casi acaba con ella. Un olor tan intenso a cloro a cambio del salado de la ría. La imagen de Nino apareció en su mente con fuerza. Si al menos se hubiera podido despedir de él.

Alejandra pidió el móvil a su madre y buscó el blog de su amigo. Aún no había podido entrar desde el accidente. No había tenido fuerzas para hacerlo. Quizá ahora tuviera la respuesta al comentario que le hizo. Estaba preparada para todo, no podía ser peor que lo que le sucedía en esos momentos. Tecleó con los dedos de su mano derecha, la única que le servía de algo. En ella llevaba puesto el tubo del suero. Lo apartó con un movimiento.

* * *

El blog de Nino. Mis pequeños relatos

Querida Alejandra:

No he podido verte en el hospital, ni siquiera sé cómo te encuentras o si podrás leer lo que aquí te escribo. Todas estas preguntas retumban en mi cabeza mientras te confieso que te quiero. Más de lo que imaginas. Debería haber contestado antes a tu comentario, pero no deseaba hacer daño a mi padre. No quería que sufriera de nuevo. Hoy pienso lo contrario, porque el dolor es mío, solo mío. Es tan íntimo que nadie sabe lo que me sucede, lo que me pasa, el sufrimiento que me acompaña a todas partes. Es ahora mayor por tu ausencia. Si estuviera contigo, la vida seguiría. Ahora todo se ha multiplicado. Tu pérdida no me deja en paz y me arrepiento de la duda que nos ha alejado. Porque estar sin ti ya es como haberte perdido para siempre.

Alejandra, ¿tú sueñas alguna vez con que andas, corres, saltas? Seguro que después, durante un instante, te despertarás feliz. Pues yo también sueño a veces que estoy contigo y te entrego tu bosque, aquel al que solo tú tienes derecho a poner nombre. Las dos ilusiones son comparables.

Vuelve, por favor.

* * *

Alejandra quiso contestar, pero con una mano era difícil teclear y sujetar el teléfono a la vez. Además, como era el de su madre debía entrar en su cuenta, poner su contraseña... Imposible. En otro momento lo intentaría. Le quedó un sabor agri dulce en la boca como si hubiera mordido una manzana roja y verde.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó su madre.

—No, es una tontería.

El resto del viaje se le hizo larguísimo. Estaba deseando llegar al hospital. Solo le quedaban dos posibilidades para ponerse en contacto con Nino, recuperar su brazo izquierdo o que Paula la visitara. Lo segundo no sabía si sucedería. Su pobre amiga había hecho de todo aquellas vacaciones y quizá se habría enfadado de nuevo. Y con razón. Era imposible averiguarlo todavía. Una media sonrisa amarga se dibujó en sus labios. Menudo viaje «divertido» habrá tenido con su padre.

Intentó dormir un rato.

Aquellos días en el hospital resultaron más insoportables que todos los que había pasado allí en su vida. Esta vez, debía sufrir innumerables pruebas y pinchazos. El tratamiento no consistía en tomar un jarabe. Nada más recuperarse del accidente, comenzaron con los análisis de sangre a diario. Las pastillas se habían multiplicado y el suero permanecía en su vena igual que si formara parte de ella. En cuatro ocasiones le hicieron una punción en su médula. Ella veía después, en la jeringuilla, el líquido blanquecino que le habían extraído. El dolor físico le hizo casi olvidar a Nino.

Si no fuera por su padre, no habría consentido nunca en pasar por aquel infierno. Pero él estaba ilusionado, más que nunca. El brazo volvía a recobrar su movilidad muy despacio, pero avanzaba a la par que el cansancio y la extenuación de Alejandra. Pasaba horas y horas en duermevela, debido a los calmantes, entre el ir y venir de las batas blancas y verdes de los médicos. Ellos también parecían satisfechos, a juzgar por sus comentarios.

—No sabemos muy bien si esto alargará la vida de su hija, pero tenemos bastantes esperanzas.

La joven oía una y otra vez aquella conversación. Si por lo menos pudiera mandar un mensaje con su móvil. A veces dudaba del «te quiero» que había leído en el blog de Nino. ¿Sería real? Septiembre estaba a punto de llegar y quizá su amigo también. Recordaba vagamente que vendría a Madrid a estudiar. Pero aquello parecía ya un sueño en aquella pesadilla amarga y duradera.

Su estado comenzó a empeorar a medida que el tratamiento continuaba. Su rostro parecía tener algunos años más. En su frente se marcaban más que nunca tres arrugas paralelas. El pelo lacio agravaba su mal aspecto. Había perdido algunos kilos y alguna noche incluso soñaba con una buena comida. Solo podía ingerir algún caldo y muchos zumos concentrados. Cada vez tenía menos ganas de someterse a aquellas pruebas y su estado de ánimo decaía. Alberto tuvo que llamar a Paula. Hasta ahora, no la había visitado, aunque ella sí deseaba hacerlo.

Alejandra intentó incorporarse nada más verla. Mostró enseguida un estado de ansiedad que chocaba con su anterior apatía. Alberto se alegró de inmediato y las dejó solas. Fuera, el médico le esperaba, con un rostro contraído nada alentador.

—No traigo buenas noticias. Su hija no tiene muchos deseos de luchar y, como siempre, en toda enfermedad influyen mucho los ánimos del paciente, sus ganas de mejorar.

—Bueno, yo creo que, con esta visita, podemos cambiar la situación —contestó con una sonrisa.

—Si se le ocurre algo más, no dude en hacerlo, por favor —concluyó el doctor.

Dentro, Paula tecleaba con rapidez en el móvil de Alejandra. Seguía el dictado de su amiga. Por fin, Nino tendría una contestación. Pero antes quiso que su amiga le leyera la última entrada que había colgado en el blog. Seguro que la animaría.

* * *

El blog de Nino. Mis pequeños relatos

El hombre que robaba lo que nadie podía imaginar.

A Juan Sánchez se le había muerto la mujer, la primera y única que tuvo y tendría, porque su naturaleza apocada no le daría otra. De hecho, fue su esposa desaparecida la que le conquistó. Para él, aquella ocasión resultó milagrosa por lo que supuso para el resto de su vida. Una señora que lo cuidaba como si su madre hubiera resucitado, como a un niño mayor, que más o menos de eso se daba cuenta quien se relacionaba con él. Todos lo descubrían a los pocos minutos.

Pero ella había fallecido, de la forma más tonta, como toda muerte temprana, y nadie podría ya acercarse a Juan Sánchez, de profesión enterrador, pues los clientes hablaban menos todavía que él y sus familiares solo lloraban sin reparar en nadie más. Era un hombre apocado que echaba la tierra sobre los ataúdes más variados.

Y ahora debía cuidarse solo, llevar a cabo las tareas domésticas de su casa, ni siquiera ganaba para contratar a alguien y, si así hubiera sido, ¿dónde habría encontrado a esa persona o cómo habría llegado a un acuerdo sin saber ni lo que quería o hablar más de las cuatro palabras seguidas que conseguía y eso cuando su mujer le sonsacaba la conversación que no tenía?

En el centro comercial, los carritos le parecían «Fórmulas 1» que corrían por el circuito a toda velocidad y a punto de atropellarlo. Igual que si decidiera cruzar la M-30 por allí, al lado de su casa, y él no veía un puente que lo salvara. Quizá la única esperanza era la que una vez le dijo su mujer: «Que sigas la corriente, Juan, que la sigas, que no eres hombre suficiente para ir a la contra». Así, decidió perseguir un carrito, el de un hombre de aproximadamente su edad. Veía cómo cogía lo que él precisaba, más o menos. Porque un hombre solo apenas tiene imaginación para tener necesidades distintas a otro en las mismas circunstancias.

Por último, el perseguido se introdujo en el pasillo de los higiénicos. Abandonó su compra unos instantes para evitar atropellar a la gente con su vehículo. Y Juan pensó que ya no le hacían falta más cosas, porque se agarró al carro, como si fuese suyo, y lo llevó corriendo hasta la caja más cercana.

Pagó en efectivo mientras su hombre despojado miraba por todas partes en busca de la compra desaparecida. A nadie le podía entrar en la cabeza un robo tan peculiar.

—Se habrá descuidado, señor —le dijo un trabajador del gran almacén con un gesto en la cara de que este hombre está bastante loco.

* * *

Alejandra se quedó pensativa. Nino debía de sentirse como aquel hombre huérfano, sin fuerzas para seguir adelante, aunque ella se identificaba todavía más.

—Por favor, Paula, escribe lo que te diga —la joven hablaba en un hilo de voz.

* * *

l comentario

Alejandra:

Nino, me siento como el hombre que robaba el carro. Yo también te quiero. Deseo verte. Ahora sigo en el hospital de Madrid, en el Gregorio Marañón. Si estás aquí, ven enseguida. No puedo más. ¡Ven, por favor!

* * *

—Sigues empeñada en él —dijo lacónicamente Paula.

—Sí. Estoy al límite de mis fuerzas y solo quiero que él esté conmigo —Alejandra hablaba con mucha dificultad.

Su amiga permaneció en silencio. Le hubiera gustado advertirle de nuevo sobre los amores de verano que desaparecían con las primeras lluvias del otoño. Pero no era el momento. La veía tan frágil como una copa de fino cristal al borde de una encimera. Su rostro amarillento no auguraba un gran futuro. Aunque aquella muñeca de fieltro ya casi podía mover el brazo izquierdo, parecía que todo su cuerpo se había paralizado tras mandar el mensaje al blog de Nino. Igual que si fuera su última voluntad, su testamento. Un pitido continuo y una raya plana en uno de los aparatos conectados a su amiga alertaron a Paula, que salió de la habitación pidiendo ayuda a gritos.

Alejandra intentó abrir los ojos, pero al principio no lo consiguió. Tuvo que hacer un esfuerzo para acompañar sus párpados con un pitido discontinuo que sonaba a su lado. Por fin, pudo atisbar lo que la rodeaba. Estaba en una habitación blanca, llena de tubos que acababan en su cuerpo. Seguía con el goteo, lo sintió en el brazo. También había una goma que partía de su costado izquierdo. Notó varias ventosas en su pecho. Junto a ella había alguien. Enfocó para evitar las luces del techo que la deslumbraban.

—Nino —susurró.

Un pinchazo en su garganta la dejó sin palabras. No pudo decir más. Aquella sombra le puso un dedo sobre los labios.

—No hables. No es conveniente —dijo el joven—. Ahora necesitas recuperarte, nada más. Yo estaré cerca y te visitaré todo lo posible.

—¿Y mi padre? —se sobrepuso al dolor para preguntar lo que más le importaba.

—No te preocupes. Él y Paula me localizaron por el blog. Yo, ¡maldita sea!... creía que habías muerto... no me contestabas. Pero ya lo sé todo.

Nino apoyó su mano sobre la mejilla de Alejandra. Ella tenía que recuperarse, salvarse. Los dos lo necesitaban. La quería con toda su alma. Menos mal que Alberto había comprendido. También Paula. Aquello iba en serio. Su propio padre ya se daría cuenta más adelante. ¡Seguro!

—Todo irá bien, Alejandra. Ya lo verás.

La joven cerró los ojos. Apenas tenía fuerzas. No quería hacerlo, pues todo se convertiría en un sueño. Deseaba que no fuera así. Solo si vivía lo comprobaría. En adelante, pondría todas sus energías en salir de aquella sala de la UCI. Después, volvería a una habitación del hospital. Por último, disfrutaría otra vez de la luz del sol con Nino.

Era el primer día de abril por la tarde y el sueño de Alejandra se había hecho realidad. Ella y Nino paseaban por el retiro. La silla de ruedas rodaba por entre los árboles en busca de uno muy especial. Los dos sonreían por el gran paseo.

—Verás, te llevo a un sitio secreto. Como tú me diste un bosque, te devolveré el regalo. El mío es más pequeño, pero te gustará.

Enseguida llegaron a su destino. Allí estaba su pino, apoyado en el hierro que lo sostenía. Seguía tumbado, pero numerosas ramas habían aparecido en el costado que apuntaba al cielo. Más vivo que nunca. Sus hojas puntiagudas estaban más verdes que el año anterior. Tras el invierno, se producía el nuevo milagro de la primavera.

—Este es mi árbol. Imagínate por qué —Alejandra hablaba con orgullo.

—Me gusta. Es único. Eso le da más valor. No hay nadie como él.

La vida había vuelto a sonreírles. Ahora se abría frente a ellos y quizá fuera más larga que antes. Al menos, los médicos eran muy optimistas.

* * *

El blog de Alejandra

Me gustaría detener el tiempo, el atardecer, que fuera eterno y que el sol no se pusiera nunca en el horizonte, que se mantuviera en suspense para siempre.

2 comentarios

Nino:

Yo lo conseguiré para ti.

Paula:

Contad conmigo.

* * *

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

SEGUNDA PARTE

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

TERCERA PARTE

Capítulo 7

Capítulo 8

CUARTA PARTE

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

QUINTA PARTE

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

SEXTA PARTE

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Índice

Primera Parte	6
Capítulo 1	7
Capítulo 2	10
Segunda Parte	13
Capítulo 3	14
Capítulo 4	18
Capítulo 5	20
Capítulo 6	22
Tercera Parte	24
Capítulo 7	25
Capítulo 8	28
Cuarta Parte	31
Capítulo 9	32
Capítulo 10	35
Capítulo 11	38
Quinta Parte	41
Capítulo 12	42
Capítulo 13	45
Capítulo 14	47
Capítulo 15	50
Capítulo 16	53
Capítulo 17	56
Capítulo 18	60
Capítulo 19	62
Capítulo 20	65
Capítulo 21	68
Capítulo 22	70
Capítulo 23	73
Sexta Parte	76
Capítulo 24	77
Capítulo 25	79
Capítulo 26	82

Capítulo 27	83
Índice	84